

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE DOSTOIEVSKY

por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

I

Dostoievsky fue visto en su tiempo como un autor ruso. Hoy se lo ve como un autor perteneciente a la humanidad. El desequilibrio que pintó en su país se ha extendido a gran parte de la tierra. Antes se discutió si Rusia era Occidente u Oriente. Hoy ya no sabemos si hay Occidente y si hay Oriente. Rusia es indudablemente Occidente: un país como son otros países de Occidente. Occidente es muchos países, muchas culturas, muchas tradiciones y muchas historias. Los nacionalismos dividen a Occidente como dividen a América, al Asia y al África. No hay región de la tierra que no tenga su nacionalismo. Y nacionalismo no es historia, no es religión, no es raza, no es idioma, no es cultura. Nacionalismo es amor a un yo colectivo que forma la nación, y odio a las otras naciones. Nacionalismo es, en una palabra, amor y odio. Dostoievsky sólo por excepción es escritor nacionalista. Es un escritor de tragedias, de conciencias, de almas. Por ello sus dramas pertenecen por igual a todos los tiempos y países. Basta cambiar de traje o de nombre a sus personajes para que sean personajes de cualquier parte del mundo.

Dostoievsky nos muestra un aspecto de la sociedad humana. El que tiene inquietudes religiosas y políticas. Sus problemas están presentados y resueltos en Rusia y, por tanto, tienen un tinte ruso: pero, repetimos, pueden ser trasladados a cualquier parte de la tierra. Sus almas son de

personas que viven en la soledad que se siente dentro de las muchedumbres. Dostoievsky juzga la soledad como un alejamiento de Dios. Puede ser. El hombre que suprime a Dios, o sea, a la conciencia y, por tanto, a la libertad, que lo hace responsable de sus actos, se encuentra solo, entregado a un poder político humano que guía sus pasos y substituye su conciencia con sus disposiciones. El hombre ya no depende de sí mismo, de su voz interior, de su libertad y de su voluntad, sino de quien lo guía desde afuera de sí mismo. En la soledad, en la obediencia a otro, no a uno mismo, Dostoievsky no da respuestas, describe costumbres. En efecto; pero estas descripciones no son sólo de costumbres, son de almas, de tragedias interiores, no exteriores, aunque tengan realidades humanas. Son, en puridad, realidades del espíritu. La felicidad que ofrece la sumisión no es el sufrimiento que nace de la libertad, de la conciencia, de la lucha entre el bien y el mal. La tragedia de sus personajes es el camino espiritual que conduce a la nivelación de cuerpos y almas, a la obediencia en lugar de la conciencia. Por ello, Dostoievsky es hoy un autor de plena actualidad. Es el autor que nos muestra las raíces espirituales, trágicas, del comunismo. Antes era un autor estudiado por los críticos literarios. Poco después fue analizado por los psicoanalistas. Unos y otros dejaron su lugar a los políticos, a los historiadores de las ideas políticas. El Gran Inquisidor español se convirtió en un gran político ruso.

Hay que pensar más en la verdad que en el arte. Dostoievsky tuvo una vida de novela. Quien no conociera su biografía creería, al leerla, que está leyendo una novela. Una lejana antepasada suya había hecho asesinar a su marido. Su padre hacía dar de latigazos a sus campesinos hasta que ellos le arrancaron los dientes y lo mataron con el placer de la tortura. Era el año 1839, el del pleno romanticismo. Nació en 1821 y murió en 1881. Sus sesenta años de vida son los más trágicos del romanticismo y del realismo del siglo XIX. En su juventud leía o le leían la Biblia. Seguía a los occidentalistas, que se inclinaban hacia las influencias europeas, y a los eslavistas, que buscaban las tradiciones rusas, exclusivas, contrarias a todo extranjerismo. Puschkin, su contemporáneo, que tanto amaba Italia y Francia, deslumbraba. No es extraño que se extasiara

ante Homero y devorara a los poetas franceses de su tiempo, los románticos que como Hugo y Lamartine despertaban sentimientos olvidados en las letras de Europa. El *Fausto* de Goethe lo estremecía, pero, sobre todo, llegaban a su corazón, Schiller y Balzac. Francia fue la nación que, con su cultura, más influyó en su espíritu. Desde Racine y Corneille hasta Voltaire sintió todas las sutilezas del arte de París.

Estudió ingeniería y se recibió de subteniente; pero tenía el vicio del juego. Perdía en el billar sumas enormes. Para conseguir algún dinero tradujo a *Eugenia Grandet*, de Balzac. Al mismo tiempo leía a George Sand. Se puso a escribir y en 1845 terminó su primera novela: *Las pobres gentes*. Es una historia sentimental, entre un pobre viejo y una joven que se escriben cartas. Era el género epistolar que había ensayado con tanto acierto Ninón de Lenclos y que en la época romántica tuvo tanto éxito. Parecía la unión del diablo, aunque era muy bueno, y de una niña. Los críticos advirtieron, en seguida, que la obra había sido inspirada por *El Manto* de Gogol. No obstante, era la preparación de los futuros Hermanos Karamazov. Empezó a escribir *Las almas muertas*. La influencia de Gogol seguía; pero Dostoievsky empezó a ser visto como un escritor más grande que Gogol. Hizo la amistad de personajes y de Turgueniev. Éste, que no dejó de reconocer sus méritos, pronto la satirizó y comparó a don Quijote. El héroe de Cervantes era bien leído en Rusia. Turgueniev lo hacía discutir hasta la exasperación. Llegaron a odiarse. Dostoievsky se sintió fuerte, de tímido se hizo audaz. La censura retardaba sus escritos. Se creía perseguido y se convertía en perseguidor. *Las pobres gentes* aparecieron en 1846. Hacían reír entre las lágrimas. Empezó otra obra, *El doble*. Otra vez se vio, no la influencia, sino casi el plagio del argumento de Gogol. En Gogol, la nariz de un funcionario se puso a vivir por su cuenta. En Dostoievsky, es el alma de un hombre que se desdobla. La censura lo obligó a suprimir la palabra funcionario, en el cuento. *El señor Prokhardtchine* para que no se pensara en alusiones. En 1849, otro relato, *Metotchka Mezvanova*, trágica historia de una niña, siempre en las huellas de Gogol. Dostoievsky cometió el error de afiliarse a una sociedad secre-

ta. Las campañas contra Napoleón habían llevado a oficiales, funcionarios y soldados al corazón de Europa. Allí habían aprendido a agruparse en uniones misteriosas en las que se hablaba de política, de libertad, de constitución. Había que dar la libertad a los siervos, tener voto, hacer valer los derechos del pueblo. Los ideólogos franceses exaltaban a los occidentales y a los eslavófilos. Todos eran agitadores. Hablaban del pueblo, cada uno a su manera, sin saber nada del pueblo. Era el año 1846. Dostoievsky no creía en el socialismo. Lo consideraba utópico, erróneo, falso, embustero. Tampoco creía que debían seguirse las doctrinas de los revolucionarios europeos. No era precisamente un eslavófilo, porque se nutría de los autores de Europa. Era algo intermedio, un perfecto ruso, que quería una Rusia con progresos y libertades que los zares no concebían. Los campesinos se sublevaban con una frecuencia inquietante. Querían tierras. En las ciudades, los estudiantes y la *inteligencia* pedían una Constitución y libertad. Dostoievsky se vio mezclado en las agitaciones de los doctrinarios. Nicolás I no lo ignoró. No toleraba ideas occidentales. Fue encarcelado el 22 de abril de 1849. A la soledad y tristeza de la prisión se agregó la tortura de sus hemorroides. Escribió un relato sentimental. *El pequeño héroe*. Fue condenado a ocho años de trabajos forzados en Siberia. El zar disminuyó la pena a cuatro años y a otros cuatro de soldado raso. Era ingeniero y subteniente. Pero él no supo esta clemencia hasta tiempo después. Le dijeron que había sido condenado a muerte y presencié un simulacro de ejecución. Eran impresiones que más tarde aparecerían en sus libros. En enero de 1850 llegó a Tobolsk y, pocos días después, a la fortaleza de Omsk. Fue la disciplina más cruel. Una falta insignificante era castigada con cincuenta o cien golpes de vergas. Dostoievsky vivió esos días que parecían siglos en silencio. Acumulaba visiones para su obra *Recuerdos de la casa de los muertos*. Los prisioneros políticos, nobles, profesores, eran odiados y perseguidos por sus compañeros ladrones y criminales. Los trabajos se hacían al aire libre, a más de cuarenta grados bajo cero. A veces, los aldeanos daban una limosna a los prisioneros. Empezaron sus ataques de epilepsia. Se golpeaba la cabeza contra las paredes, quedaba exhausto. En febrero

de 1854 terminó la primera parte de su condena. El herrero le quitó las cadenas. En la casa de los muertos había encontrado el Evangelio. Y también a seres torturados, almas monstruosas, condenadas por sí mismas. Sentimientos de odios inconcebibles.

El soldado raso hizo una amistad preciosa: el joven barón de Wrangel, procurador del emperador. Lo presentó a la pequeña sociedad de Semipolatinsk. Allí conoció a la mujer de un crápula que, de descenso en descenso, había terminado por caer en ese rincón. Se llamaba María Dmitrievna Issaiev. Era rubia, delgada y tuberculosa. Dostoievsky nunca había amado. Nada se sabe de amores suyos antes de este encuentro. Cuando enviudó, se casó con ella. Fue una conquista penosa. Ella temía la miseria. En un momento, Dostoievsky recuerda un episodio de *Gil Blas de Santillana*, de Lesage. Es increíble hasta que punto era conocida la literatura española en Rusia. La infeliz Dmitrovna había tenido un primer marido borracho y tenía un segundo epiléptico, que se revolcaba en el suelo. No obstante, con su voluntad, esa mujer, enferma, débil, pobre, creó en la pequeña población un salón literario. Se comentaban los libros de Europa y alguien decía frases en francés.

En 1855, Dostoievsky dedicó una oda a la muerte de Nicolás I, el zar que lo había hundido en los trabajos forzados. Creemos que fue sincero. Nunca maldijo su muerte. Estaba convencido que su pena había sido justa, que Dios la había querido para purificar su alma. En 1855, entre varios cuentos, escribió otro poema en honor de Alejandro II. Fue perdonado. Tuvo derecho otra vez a la nobleza. Se le autorizó a vivir en Rusia; pero no en San Petersburgo ni en Moscú. Se le vigilaba sin que él lo supiese. A los diez años de su prisión pudo volver a la capital. En 1861 presencié la emancipación de los siervos. Amaba a Rusia más que nunca. Vivía sus ataques de epilepsia. Escribía. Los estudiantes se rebelaban. El socialismo enloquecía. Hay que cortar cabezas, decían muchos. Los nihilistas incendiaban y arrojaban bombas. Dostoievsky no compartía estas ideas. Las detestaba profundamente. Hizo un viaje a París, donde Víctor Hugo y Teófilo Gautier triunfaban. No los conoció. Estuvo en Londres. Volvió a París, se fue a Italia. Italia fue siempre la tierra amada de los rusos y de los

hombres del Norte. Sintió de cerca las maravillas de Florencia; pero no las admiró. Le interesaba la gente. Quiso volver a Rusia. El zar aplastaba a los revolucionarios lituanos y polacos. Toda Europa estaba contra Rusia, y esto hacía que Dostoievsky se sintiera más ruso.

Se ha dicho que en toda vida de un hombre casado hay un amor adúltero. Dostoievsky lo tuvo, espiritualmente, en Paulina Susslova, estudiante nihilista, literatoide. La siguió a París. Vivió a su lado; pero nunca fue su amante. Ella, gélida, torturadora, lo veía desesperarse y no le permitía que la tocara. Estaba enamorada de un español. Tal vez se lo recalca para hacerlo sufrir. Viajaron por Italia, la tierra de los enamorados. Jugaba, empeñaba su reloj. Terminó por cansarse de ella. Las mujeres nunca saben hasta cuando pueden exasperar. Le sirvió como personaje en muchas de sus futuras novelas, con diferentes nombres. Aparece, sobre todo, como Paulina Alexandrovna, en *El jugador*, la novela de su propia vida. Otra vez en Rusia, vio morir, delirante, enloquecida por los demonios que ella decía que había en su habitación, a su pobre mujer. Se sintió muy desgraciado y empezó a preparar las *Memorias escritas en un subterráneo*.

Esta obra es una biografía interior. Un personaje obscuro goza en la propia humillación; pero siente la libertad. Sabe, además, que el hombre nunca renunciará a su ruina y a su propio caos. Así descubre a Dios. Cristo es el intermediario entre Dios y el hombre. El pensamiento íntimo de Dostoievsky. Es este pensamiento el que hay que estudiar, no sus personajes. Estos no son rusos, son hombres de todos los países y de todos los tiempos, hombres enfermos, perseguidos por sí mismos. Dostoievsky estaba solo y tenía miedo. No sabía inventarse una nueva vida. Murió su hermano y él se encargó de proteger a su viuda y a sus cuatro sobrinos. Tuvo algunos amoríos fracasados. Viajó a Alemania. El juego lo retomó en sus redes. Sintió la emoción de ser rico un instante y caer en seguida en la pobreza. Angustias, miserias. Había huido de Rusia por no poder pagar sus deudas. Tuvo que mendigar aun a sus enemigos para regresar. En ese tiempo comenzó su obra *Crimen y castigo*. Empezó a publicarse en febrero de 1866.

Es la historia, la tragedia, de la libertad y del castigo

interior. En el arrepentimiento, el culpable encuentra a Dios y a la libertad. Dostievsky llegó a la gloria. En toda Rusia se hablaba de él. Y tuvo que escribir, por deudas, un nuevo libro en un tiempo absurdamente corto. El editor le buscó una joven estenógrafa y dactilógrafa. Tenía veinte años. Se llamaba Ana Grigorievna Snitkine. Pálida, pequeña, de ojos grises. En 1866 terminaron *El jugador*. Se casaron en febrero de 1867. Fue todo en su vida. Viajaron por Alemania. Él jugaba y ella lo incitaba a jugar. Le daba sus anillos y sus aros para que los empeñase. Vivían trabajando en sus libros y en la miseria, dominados por el juego. Tortura espantosa de la eterna miseria por el juego maldito. A veces oían a Beethoven, a Mendelssohn y a Rossini. Dostoievsky no soportaba a Mozart. Preparaba *El idiota*. Fue el período en que más jugó. Perdía siempre. Era la desesperación, el vértigo, la locura. Llegó el hambre y no murieron por alguna ayuda de los parientes de Rusia. Se fueron a Suiza, donde vieron pasar a Garibaldi. Y oyeron las declaraciones de los socialistas, que lo exasperaron. Volvió a jugar y tuvo que empeñar el sobretodo.

Su mujer le dio una hija que murió a los pocos meses. *El idiota* empezó a publicarse en Rusia en 1868. Es otro de sus grandes personajes, hombre. Las mujeres no alcanzaron nunca, en sus obras, los niveles de los hombres. *El idiota* es el menos humano. En 1869 tuvo otro hijo. Empezó también *El eterno marido*. Escribía sin cesar. Era su vida y su manera de vivir. La esperanza, la riqueza, estaban en el juego. Su espíritu confiaba en Dios. Dios lo obsesionaba. Se indignaba de que profesores alemanes, en 1870, incitasen a bombardear, destruir, París. Y despreciaba a los nihilistas y a los socialistas, a todos los que hablaban de un paraíso en la tierra, imposible y absurdo. Atribuía al catolicismo la pérdida de Cristo en Occidente. Su mujer lo estimuló a jugar otra vez. Perdió como siempre. En la desesperación, juró no volver a jugar y, caso extraño, que alguna vez se encuentra, no jugó nunca más en su vida.

Libre del juego, se sintió salvado. Recuperó los trajes empeñados, pagó sus deudas, se convirtió en un señor que escribía con método, bien vestido, y recibía a sus visitas como un personaje. Era, realmente, un personaje de fama mundial. Escribió *Los poseídos* o *Los demonios*. De-

mostró que era imposible buscar la libertad fuera de Dios. Anunció, sin saberlo, la futura revolución rusa. Comprendió el diabolismo de los nihilistas y de los revolucionarios cuando apenas comenzaban sus amenazas y sus tragedias. Sus páginas estremecen. Exhiben los sentimientos de esos revolucionarios que fueron una realidad de muchos años más tarde, en 1917. De la libertad sin límites llegarían al despotismo sin límites. No conocían el bien ni el mal. Estaban unidos por el crimen y el temor. Dostoievsky veía el pueblo ruso como al único que llevaba a Dios.

En 1871, Dostoievsky y su familia se encontraron en San Petersburgo. Tuvieron otro hijo. Al año siguiente, fue nombrado redactor jefe de *El ciudadano*. Comenzaban, realmente, sus buenos tiempos. Se había propuesto combatir a muerte las ideas liberales. El periodista estaba matando el novelista. Renunció a su empleo en el diario y se puso a componer un nuevo libro. Trabajaba toda la noche y se levantaba a las once de la mañana. Escribió *El adolescente*, otra lucha por la libertad. Sintió un nuevo amor por su mujer, su verdadero ángel tutelar, que cuidaba su casa, sus ediciones, sus intereses, su salud. En 1875 tuvieron otro hijo. En enero de 1876 empezó a publicar *El diario de un escritor*: periódico original, curioso, lleno de inquietudes, de consejos, de noticias, de contactos con los lectores. Fue un éxito. Atacó a los occidentalistas y a los eslavófilos. Creía en el pueblo, en su ignorancia, en su simplicidad. Era un pueblo que se sentía feliz en su dolor. Al mismo tiempo estaba siempre descontento de sí mismo. Tenía fe en su gran destino para Rusia. Había que dominar el Bósforo. Afirmaba que la guerra refrescaba el aire que respiraba. Despreciaba a todos los europeos y al papado que no comprendía a Cristo.

En el *Diario de un escritor* publicaba cuentos macabros y otros deliciosos. Llegaban cientos de cartas y las contestaba todas. Dostoievsky se transformó en un gran señor, en un auténtico personaje. Su mujer, en cambio, se abandonaba, no cuidaba sus ropas; pero él la amaba cada vez más. La Academia Imperial lo nombró miembro correspondiente. Su mujer seguía siendo su secretaria como el día que lo había conocido. En 1878, uno de sus hijos murió de un ataque de epilepsia. Supo sobreponerse y em-

pezó a escribir *Los hermanos Karamazov*. Estudió a fondo la doctrina ortodoxa con el procurador del Santo Sínodo. Otro problema de conciencia. El hijo que se siente culpable de la muerte de su padre, asesinado por su lacayo, que interpretó sus deseos. Él había soñado esa muerte que le permitiría disfrutar por sí solo a su amante, y la muerte había llegado como si él la hubiera cometido. El asesino había sido su mero auxiliar. Todos los que han deseado cometer un mal se sienten culpables. En *los hermanos Karamazov*, la leyenda del *Gran Inquisidor* es el punto culminante de la obra y, tal vez, de toda la obra de Dostoievsky. Es una crítica, profunda y feroz, que en su tiempo causó gran impresión. Hoy se la ha olvidado. Problema teológico discutible. Involucra el cesarismo de la Iglesia y de todas las comunidades religiosas. Son los fines imperialistas de la clerecía.

Dostoievsky se presenta como un teólogo. Su inmensa obra es toda ella un caso de conciencia. Podríamos decir: la conciencia de la humanidad en sus innumerables personajes. Detrás de las tragedias, de los crímenes, están las tragedias interiores, los asesinatos, las torturas del alma.

En 1880, tenía sesenta años y proyectos para diez años de trabajos. Fue invitado a hablar en el gran homenaje a Puschkin. El público lo ovacionó. Presentó a Puschkin como el hombre ruso por excelencia, que es ruso, europeo y mundial. Ser ruso, agregó, es ser hermano de todos los hombres. Hubo lágrimas, desmayos. Nunca se había visto una aclamación comparable. Fue la gloria expresada en mil formas. Hubo que suspender el homenaje. Fue considerado un profeta, el gran profeta de Rusia.

A los pocos días, la reacción de los envidiosos, de los escépticos. Críticas y ataques. Dostoievsky cayó nuevamente en la epilepsia. A fines de enero de 1881, tuvo vómitos de sangre. Quiso confesarse. De noche dijo a su mujer que moriría ese día. Se hizo leer el Evangelio. Murió como había previsto. Todos los grandes personajes del imperio, los estudiantes, el pueblo, estuvieron en su entierro. Fue el 31 de enero de 1881. El primero de marzo, los nihilistas que tanto odiaba Dostoievsky, mataron al emperador. Ana Grigorievna siguió consagrada a las obras y a la gloria de su marido. Cuando sobrevino la revolución de 1917, se refugió en Yalta. Murió de penuria en junio de 1918. Su hijo

Fedor no consiguió ser empleado por los comunistas. Murió en la miseria, de un cáncer y de frío. Cuando se supo su muerte, cínicamente, se le hicieron grandes homenajes. Dos hijos de Fedor, uno murió dos meses antes de su padre; el otro vivía en 1939, en Leningrado, entre terribles penurias. Desde Londres se le envió, una vez, azúcar y arroz.

II

Se ha dicho que Dostoievsky no realizó los crímenes de sus personas; pero que sin duda los pensó. El mundo de la creación, en un escritor, es un mundo que nunca es posible adivinar, ni comprender, ni interpretar. La obra es la obra y nadie sabe de dónde viene ni adónde va. Tal vez Dios puede penetrar en las conciencias. Los hombres no pueden y, si lo intentan, siempre se equivocan. Con Dostoievsky se trató en vano de penetrar en su misterio. Enfermo, fantástico, neurótico: todos los nombres que la ciencia o la vulgaridad quieran aplicarle. Lo indudable es que su obra fue, tal vez, la más extraordinaria del pensamiento ruso en la creación pura de un mundo que no trataron sus otros escritores. Era una forma del genio. El genio personificado en el evocador de seres desgraciados.

Los psicólogos han intentado muchas interpretaciones. Han explicado, cada cual a su manera, el mundo de sus personajes relacionándolos con sus instintos o sus deseos. Páginas atrayentes, hasta seductoras; pero que carecen de toda autenticidad, que no pasan de imaginaciones, suposiciones, invenciones o atribuciones. Dostoievsky no fue un ángel ni fue un demonio. Fue un gran creador, como los novelistas famosos que hubo en el mundo. Decir que cada novelista es la raíz, el alma, de sus personajes, puede ser una verdad y puede ser una falsedad. Es como si dijéramos que cada retratista es el propio modelo de sus retratos.

Dostoievsky estuvo frente a los problemas de la sociedad en que vivía, y, sobre todo frente a los políticos que lo rodeaban, que amenazaba a Rusia. Los comprendió muy bien y reflejó cómo eran y siguen siendo. Es el más antiso-

cialista y anticomunista de los escritores rusos. Quienes lo siguieron en su espiritualismo escribieron para minorías cultas. Él escribió para el pueblo. No entraba en teorías. Mostraba lo que eran aquellos hombres que se proponían salvar o hundir a Rusia.

Y mostraba el pueblo triste, caído, que era necesario educar y elevar. Hoy diríamos que fue un sociólogo o un psicólogo. Los estudiantes de estas ciencias se pierden en teorías y clasificaciones inútiles y no leen a Dostoievsky. Es la escuela de la eterna ignorancia. La labor de los sociólogos que desconocen la sociología, el verdadero pueblo que creen que estudian o van a estudiar. Además, Dostoievsky es un teólogo, un profundizador de los problemas humanos, espirituales, en su relación directa con los divinos. Es la historiosofía que guía sus pasos. El hombre frente a la fatalidad, al destino que lo arrastra, y frente a su propia libertad que puede salvarlo si él quiere salvarse. En esto, su propia vida es el mejor ejemplo. Para salvarse, para ser libre, confiaba en Dios que da a los hombres su libertad, es decir, su posibilidad de salvación.

Dostoievsky ha interesado a muchos lectores por los argumentos de sus obras y por sus descripciones impresionantes. A otros ha llamado la atención por las claras, precisas, observaciones sobre el ambiente político de su tiempo. Por último, han llegado los estudiosos que han visto en sus páginas la alusión terminante, la profecía deslumbradora, del comunismo cruel y, en particular, del comunismo que se impuso en 1917 y del que intenta imponerse hoy en día en otras partes del mundo. Es que los sentimientos comunistas, fundados en la maldad más profunda, en la obsesión de la terquedad, del despojo, de la envidia, del odio y de la inhumanidad, fueron y son los que Dostoievsky descubría en el pueblo que lo rodeaba. Observador profundo, religioso, bueno y sensato, comprendió que en esas ideas y en esas tristes aspiraciones se escondía la monstruosidad de un ideal que significaba el hundimiento de la humanidad en la desesperación y en la ruina de toda felicidad. Dostoievsky es un psicólogo de alcances y profundidades formidables; pero es, sobre todo, lo que no siempre se ha visto o apenas vislumbrado: el profeta, el anunciador del mundo comunista con todas sus implicancias de ruina y de do-

lor. Es una visión del mundo que lo envolvía y del mundo que estaba por llegar, que debía llegar fatalmente en su pueblo si el zar, empeñado en negar una Constitución, seguía firme en su propósito de no dar amplias libertades. La lucha contra el liberalismo, que algunos insensatos aún mantienen o defienden, fue la culpable del extremo comunista. Frente a una falta de libertad surgió otra falta de libertad impuesta, no por el zar, sino por un partido que quiso identificarse con el pueblo. Dostoievsky se nos presenta no como un visionario sino como un metafísico; no como un adivino de lo que iba a ocurrir, sino como un analizador de lo que se estaba gestando. En sus disquisiciones hay análisis de ideas. Todos sus personajes son ideas expuestas por seres a quienes él les da un nombre, pero que podrían no tener ningún nombre. Por ello los nombres no interesan; lo que interesa son las ideas. Cada idea es un destino. Las ideas son fuerzas, entidades, que tienen su vida, su presente y su futuro, que lo mismo pueden morir que triunfar de un modo que puede ser la felicidad o la desgracia, el bien o el mal, de quienes las adoptan. Por ello se dijo que Dostoievsky había descubierto mundos nuevos en el cosmos de las ideas.

El Dostoievsky literato no es el Dostoievsky ideólogo. Estudiarlo como literato o detenerse en la crítica de los textos, de la letra, es hacer lingüística o filología o literatura comparada. Hay quien lo aparea a Balzac o a autores de su patria. Todo puede intentarse en este género de estudios. Lo que hay que hacer, realmente, para comprender a Dostoievsky, es penetrar en su mundo ideológico que no es, por cierto, el mundo de Balzac ni el de otros escritores. Dostoievsky religioso no es el Dostoievsky político. La religiosidad de Dostoievsky es una religiosidad de alcances esencialmente políticos. Dostoievsky no fue religioso por la religión, sino por la política. Su religión es una comprensión de la política, un paso hacia ella. Sin el fin político, la religión de Dostoievsky no tendría sentido. En verdad, todos los grandes místicos, si no fueron unos abstractos, no fueron otra cosa que profundos políticos.

Dostoievsky es un escritor ruso, pero esto no significa que su visión del mundo sea una visión rusa. Tuvo la visión

de sentimientos universales, propios de los hombres de todos los países. Hoy es bien sabido que el comunismo no es una política ni un ideal esencialmente u originariamente ruso. Nació en otras partes y en otros tiempos. Su historia, en este momento, no interesa. Además, nos llevaría muy lejos y por caminos tal vez impropios o aparentemente ciertos. Lo que interesa es que Dostoievsky en Rusia comprendió, mostró, explicó, caracteres de cualquier parte del mundo. Cambiemos el nombre a uno de sus personajes, pongámosle un nombre español o italiano, y tendremos un hombre de España o de Italia o de otra parte de la tierra.

Cuando los sentimientos políticos que describe Dostoievsky sobresalían principalmente en Rusia, se decía que Dostoievsky profundizaba el mundo espiritual ruso. Ahora que esas idénticas ideas se hallan en todas partes, no se puede decir lo mismo. Las generalizaciones, la costumbre de describir un pueblo y diferenciarlo de otro, son entretenidas y a veces hacen meditar o sonreír, pero nunca coinciden con el todo de la verdad. No hay que confundir diferencias de idiomas con diferencias de ideas. Los idiomas pueden ser diferentes y las ideas pueden ser las mismas. La ilusión de la sociología cada día marcha más directa hacia su fracaso, porque cuando sale de las estadísticas, siempre falsas o variables o inútiles, cae en las clasificaciones que jamás responden a una realidad o nunca muestran una verdad. Fenómenos que en tiempos de Dostoievsky creíamos propios de Rusia hoy los encontramos en China y en América. Lo que se decía de los rusos habría que extenderlo a países de orígenes y de culturas tan diferentes. Es que todos los hombres se parecen cuando piensan exactamente lo mismo o cuando son engañados de la misma forma o tienen los mismos sentimientos.

Hablar del destino histórico de un pueblo es muy fácil y muy difícil. El destino depende no siempre del pasado, sino del presente o del propio futuro. Podemos tener una tradición, unos orígenes liberales, como los pueblos americanos, pero podemos ser dominados, engañados, pervertidos, por nuevas corrientes antiliberales. Todos los días discutimos con jóvenes y con viejos que defienden formas de gobiernos y exaltan a personajes que son lo opuesto

a nuestra tradición liberal, a nuestros orígenes surgidos de los ideales de la libertad.

El mundo de Dostoievsky, el que él ha creado, ha sido visto como el propio mundo de su existencia. Puede haber analogías; pero ello no significa que su mundo no sea el mundo en que él vivía. Deberíamos decir que su mundo y el mundo que lo rodeaba eran un mismo mundo. La tragedia interior de los dos mundos constituía la misma tragedia. Todos los pueblos tienen su tragedia o varias tragedias paralelas o coincidentes.

Dostoievsky estudió el crimen porque en esa corriente es donde aparecen y se muestran vivientes las fuerzas de la política o de las ideas que conducían a esa política que él veía extenderse sobre Rusia y sobre el mundo. Se habría equivocado si no lo hubiese comprobado, como están fatalmente equivocados todos los políticos y comentaristas que no comprueban estos mismos hechos. Dostoievsky fue hondo en el mundo miserable que llevaba a adoptar las ideas políticas que otros teóricos hacían surgir de ese mismo mundo. En este sentido, Dostoievsky es más que un filósofo, un teólogo, y más que un teólogo, un antropólogo espiritual, en última instancia un antropólogo político. El hombre piensa en Dios porque está obsesionado por su propio pensamiento de hombre. La esperanza en Dios es la esperanza en un cambio o salvación del destino humano o del destino de cada cual. Repetimos que al relatarnos una historia, al describir a sus personajes, Dostoievsky no hizo otra cosa que referirnos ideas, describir teorías políticas.

Es por estas razones que el querer relacionar a Dostoievsky con otros escritores, de los cuales, sin duda, tomó estilos prestados o copió procedimientos literarios, es una tarea inconducente para comprender o explicar su alma o el fin que inspiró su labor. El fin de Dostoievsky no es el fin de ninguno de los otros escritores con los cuales se le compara. Fines diferentes, cuando no opuestos, aunque haya entre ellos aparentes semejanzas de argumentos.

Dostoievsky no se ocupa principalmente del hombre. Diríamos mejor que se ocupa de las ideas del hombre. Todos los hombres son iguales; lo que los distingue son sus

ideas, sus sentimientos. Dostoievsky no es un escritor trágico, es un escritor político.

El problema de si Rusia no tuvo un renacimiento no explica el mundo de Dostoievsky. Tampoco lo tuvieron otros países de Europa ni lo tuvo América aunque haya vivido, en sus comienzos, los grandes años del Renacimiento italiano. Lo que explica a Dostoievsky no es el pasado, sino el presente en que él existió. Y lo mismo ocurre con todos los escritores y los políticos. Si miran el pasado, si se inspiran en él, no es porque el pasado influya en sus almas, sino porque su presente, su cultura, los lleva a mirar el pasado, a influir en su interpretación. Dejan de ser políticos para convertirse en historiadores. O si no utilizan la historia para hacer política, no en el pasado, en el cual no viven, sino en su presente.

Dostoievsky ha sido comparado con Shakespeare por la riqueza de personajes que hay en ambos autores. Hubiera debido ser comparado, también, con Calderón, con Lope de Vega, con Tirso de Molina; pero estas comparaciones, fáciles y agradables, no pasarían de juegos o de ensayos, más o menos eruditos. No explicarían nunca el mundo de los autores comparados porque esos mundos son muy distintos. Cada mundo tiene su pensamiento, y el pensamiento del siglo XVI no es el pensamiento del siglo XIX o del siglo XX. La antropología filosófica que se puede explicar en los personajes de hace quinientos años en muy pocos puntos coincide con la de nuestros siglos.

El hombre, considerado por la antropología filosófica, es el problema de su libertad. Por ello hay tantas antropologías filosóficas como interpretaciones del fin del hombre según las religiones en que se basan. Estas antropologías filosóficas son las antropologías de la historia: el hombre como sujeto histórico, autor de la historia o esclavo de la historia. Dostoievsky vio correctamente el hombre como ser libre, autor de su destino y, por tanto, de su historia y de la Historia en general. Fuera de esta interpretación, Dostoievsky no sería un autor de nuestro tiempo ni un autor que estuviera en la verdad. Podemos decir que estuvo en la verdad porque la historia, como hemos enseñado muchas veces, es el hombre, y el hombre es la libertad. Si así no fuera, o si Dostoievsky no hubiera sostenido

la libertad del hombre, no sería un autor digno de ser estudiado.

Los griegos tenían razón cuando decían que el hombre es la medida de todo lo que existe. Si no hubieran comprendido esta verdad, la filosofía griega, el amor al conocimiento, no habría tenido transcendencia, no habría pasado de alguna meditación sólo recordada como simple curiosidad. Dostoievsky sostuvo igual pensamiento. El hombre para él fue el centro del mundo y el mundo mismo, todo. Y no podía ser de otra manera si realmente quería presentar en un pobre hombre, en un ser aplastado por la miseria y la insignificancia, la inmensidad del problema del Hombre.

Cada ser tiene su secreto. Es su amor o su odio, su sueño imposible, su esperanza que nunca será. Por ello todos los hombres interesan. Por ello interesa el pueblo e interesan los pueblos. Esta esperanza, este secreto, se transforman en una idea política que se vale de medios materiales o de la difusión hablada, pedagógica, para alcanzar su realidad. La acción política del hombre a veces no pasa de un círculo estrecho o de una familia o de una pareja. Es el drama o la tragedia. Es el misterio del por qué de ciertos actos, a veces reducidos a la estrechez de un crimen. La historia de este crimen en el fondo no es más que la historia de un ideal fallido, de un ansia política, inmensamente humana, que ha fracasado, que no ha tenido otra salida que la tragedia.

Esta tragedia, Dostoievsky la ve como un extravío en el camino de la libertad. El hombre puede elegir. Puede elegir el bien y el mal. A veces elige el mal. He aquí su drama o su perdición. Cuando tiene aún tiempo, trata de expiar su culpa. Es el dolor que salva o que consuela. Todo esto puede ser dicho con pocas palabras: el hombre y su destino, pero con la comprensión de que el destino es el que se forja el propio hombre.

Cada hombre es él y no otro. Cada uno tiene su propia personalidad, su propia voluntad, su propia sensibilidad, y, sobre todo, su propia inteligencia. Los límites de cada una de estas condiciones pueden variar; ser más fuertes o débiles en unos y en otros. Lo que no varía es la posibilidad que cada cual tiene de elegir el bien o el mal, es

decir, de hacer su destino. Esta lucha frente a la elección puede involucrar una tragedia con muchas complicaciones, es decir, una historia. El relato de esta historia es, aparentemente, el destino del hombre. Deberíamos decir, mejor, que es la consecuencia, la secuela, del destino que el hombre ha elegido.

En la vida todo es elección. La voluntad es la que decide la elección junto con la inteligencia que la ilumina. Si no hubiera inteligencia no habría posibilidad de elección. Si no existiera la elección no habría destino. Y si no existiera el destino no habría nada que relatar. Todo estaría prefijado, establecido, y sería conocido antes de existir. Lo absurdo, lo imposible, dado que todo existe y todo es siempre una tragedia y una historia.

No puede decirse que el destino del hombre depende de la lucha entre el bien y el mal. Depende de la elección que el hombre hace del bien y del mal. No luchan el bien y el mal. Lucha el hombre consigo mismo frente al bien y al mal. Si el hombre se cree superior al bien y al mal, si se convierte en un superhombre que va más allá del bien y del mal, cae en una libertad que es su propia tiranía, porque se convierte en esclavo de lo peor, si elige el mal o se deja arrastrar por él, o en santo si se entrega con un exceso superhumano al bien. Lo único indudable es que el hombre no puede negarse a sí mismo ni puede ser negado. El hombre es más poderoso que el bien y el mal porque puede elegir cualquiera de ellos. La derrota del humanismo racional no es una derrota, como quieren muchos, sino un gran triunfo, si esta derrota o este triunfo llevan al hombre a la elección segura del bien y del mal. La libertad, el destino de la libertad, permiten al hombre convertirse en demonio o en santo.

El hombre tiene sobre sí el peso de la libertad. Si no tuviera libertad dormiría en paz. Todo dependería de otros o de un algo superior: lo mismo de un fatalismo que de un providencialismo. Dostoievsky coloca al hombre frente a su libertad y en esta colocación reside el problema de su tragedia, de su derrota, de su expiación, de su castigo. El hombre que aprovecha mal su libertad cae en el crimen y, por consiguiente, en el castigo. Por ello es cristiano. El cristianismo es libertad. El cristianismo bien entendido, la

verdadera doctrina de Cristo, no las interpretaciones de quienes hacen depender la salvación de la fe o de la predestinación. Ahora bien: esta libertad del hombre no existe en los sistemas políticos absolutistas, despóticos, socialistas y comunistas. No existió tampoco en ciertos sectores clericales. En el comunismo, explica Dostoievsky, la libertad ilimitada conduce a un despotismo ilimitado. Si no existiera el peligro del mal, la existencia de Dios a nada serviría ni a nadie ayudaría. La confianza en Dios, la invocación de Dios, como una luz que ilumina y, por tanto, deja ver el bien y el mal, se hace imprescindible. Dios es necesario para que la libertad pueda existir y servir. Sin Dios, la libertad no existiría y en el mundo sólo dominaría la fuerza, la injusticia, el mal. Quien niega a Dios niega la libertad, y quien niega la libertad niega a Dios.

A estas conclusiones nos lleva la meditación de las tragedias dostoiévskianas.

III

La libertad hace posible el mal. Cada ser puede elegir el bien y el mal. Por ello hay tantos hombres que han elegido el mal y tantos que han elegido el bien. Todo ser tiene su responsabilidad, el mérito o la culpa de su destino. Este sentido de la culpa, el remordimiento, puede ser el infierno con sus simbolismos del fuego y del crujir de dientes. El hombre sin Dios, sin responsabilidad, que cree ser víctima o juguete de un destino ciego, que no reconoce su libertad, su independencia para guiarse en el mundo, es el hombre que termina por creerse libre de hacer el mal. Esta libertad para el mal, esta voluntad que no sabe seguir el bien, es la mayor debilidad del hombre. El hombre que hace el mal es siempre un hombre débil. El superhombre que todo lo puede, que comete impunemente el mal, es el hombre que cae en su propia destrucción. Si el hombre se apodera de lo que corresponde a Dios, de la vida de los demás, no es un dios, sino un esclavo de la maldad. Si quiere igualar a todos los hombres hace de todos un conjunto de esclavos. Sin libertad, reducidos todos a una común igualdad, los hombres dejan de ser hombres para transformarse

en máquinas, en instrumentos, en medios. Es la deformación de los hombres, es la anulación de sus ideas, de todo lo que depende de la libertad, empezando por la misma esencia del hombre. Dostoievsky comprobaba que a su alrededor se difundían sistemas políticos que llevaban al ateísmo. Por ello pensaba de este modo. Hombres sin Dios y sin libertad eran hombres condenados a seguir el único camino que les quedaba, el del mal. Hombres con una libertad ilimitada caían igualmente en el mal, como los nihilistas, porque se creían todopoderosos, libres de hacer lo que quisiesen. Dostoievsky estaba frente a estos extremos de la política que envolvía a Rusia: la de los comunistas que luchaban por la igualdad forzada de todos los hombres, y la de los nihilistas, que exigían una libertad absoluta para todos los males. No quedaba otra realidad, capaz de conservar la vida, de hacer posible el destino de cada cual, que el zarismo. Se ha dicho que Dostoievsky se mostraba servil con los zares que lo habían condenado. No era servil, era agradecido. Los zares, como él, querían la salvación de Rusia. Hoy la historia nos ha demostrado que si los zares hubiesen seguido una vía media, si hubiesen dado al pueblo las libertades que corresponden al hombre, por derecho natural, no habría habido absolutismo zarista, ni nihilismo, ni comunismo.

La libertad implica sufrimiento, responsabilidad, remordimiento: todo un purgatorio o infierno en la tierra. Y también lleva en sí el amor. Este amor que abarca tantas cosas no fue en Rusia —ni lo es— un amor a la manera occidental. El mismo occidente europeo tiene muchas maneras de amar, muchos estilos de amor. No entramos, ahora, a destacar estas diferencias o matices espirituales o estéticos. Indudablemente, en Rusia no se sintió el amor como en la Edad Media, ni como en el siglo del iluminismo ni en el del romanticismo. Una historia filosófica o literaria del amor tendría en Rusia un capítulo aparte. Dostoievsky, que amó tan profundamente, por lo menos a dos mujeres, presentó a sus heroínas como complementos del hombre. Habla de un amor voluptuoso y de un amor piadoso. Estos amores tienen una fuerza muy grande en el hombre. Por ellos, el hombre toma decisiones, y estas decisiones son su destino porque son su libertad.

Los personajes de Dostoievsky nos presentan el dilema de la libertad y de la felicidad. La libertad —ya lo hemos dicho— obliga a elegir entre el bien y el mal. Tarea difícil, ardua. La felicidad permite hacer lo que más agrada, buscar el mal, cometer el crimen. La libertad ofrece el sufrimiento; la felicidad priva de la libertad. Cambia la libertad el principio de Dios y de la inmortalidad, por un amor al prójimo que es el amor a sí mismo, a su bienestar a costa de la libertad. La libertad es responsabilidad; la felicidad del hombre en la tierra es la vida reglamentada, esclavizada, nivelada, despotizada. La revolución es atea y lleva el despotismo. La conciencia con libertad tiene la responsabilidad, la dificultad, de elegir entre el bien y el mal. Sin libertad, está tranquila, segura, obediente, calma, sin remordimiento, sin inquietud de haber obrado mal. Hace lo que le ordenan, cumple mandatos, vive uniforme, reglamentada. Es el orden en la tierra establecido por el hombre, no por Dios.

Dostoievsky nos revela, como ningún historiador de las ideas políticas, la realidad del pensamiento revolucionario que se extendió en Rusia y en otros países. En sus orígenes quienes debían hacer saltar a Rusia no se daban cuenta de su envenenamiento. Dostoievsky es un escudriñador, un profeta, un precursor. Advirtió a tiempo lo que otros no veían. Fue a lo hondo del alma de los nihilistas, de los revolucionarios, de los sembradores de ideas. Sus libros son capítulos de un inmenso Apocalipsis del mundo moderno. Vio el próximo fin del mundo. Predijo el destino. Descubrió los principios que animarían la futura revolución. Sus obras no son novelas; son una psicología, un análisis, de lo que se gestaba y de lo que llegaría. Disecó el socialismo, hizo su anatomía profunda. Vio en él al ateísmo que lleva a un reino de Dios no en el cielo, sino en la tierra. El socialismo no substituye el capitalismo; se nutre de él, lo quiere en la tierra, para todos. Es la eterna esperanza del judaísmo; un reino en esta tierra, no en otro mundo. Por algo tantos judíos se alínean en el socialismo. Esperan el Mesías de este mundo; no el Jesús del otro mundo. Dostoievsky veía en el socialismo ateo el principio del Anticristo. En efecto: el socialismo es ateo: no cree en Dios ni en al alma. Hay que crear la felicidad en

esta tierra, no en el más allá. Es una religión nueva, la de esta tierra, sin libertad y sin conciencia, con obediencia, con entrega total a una dirección superior. El gran enemigo es la libertad que se funda en la conciencia, en la elección del bien y del mal. Hay que destruir, por tanto, la libertad. Para alcanzar la felicidad social universal hay que suprimir la libertad. Dostoievsky presenta al Gran Inquisidor católico como un socialista. Fue el primero, tal vez, en unir el socialismo al catolicismo, en mostrar sus aparentes puntos de unión, en denunciar esa vinculación que puede ser fatal para el catolicismo y para el socialismo. Dostoievsky ve el socialismo como un catolicismo secularizado. Dostoievsky atacó por igual al catolicismo teocrático romano y al socialismo. El Papa terminaría, según Dostoievsky, por aliarse al comunismo. Profecía, afirmación, sorprendente, que hace meditar frente a la actual realidad de los sacerdotes del tercer mundo, francamente comunistas. Dostoievsky sostenía que el catolicismo se había convertido en una potencia terrenal, que dirigía los pueblos hacia el socialismo, que organizaba, como el socialismo, el reino terrestre. La Francia comunista y socialista daba el ejemplo de seguir siendo un país católico. Las dos doctrinas no se excluían porque ambas perseguían la libertad. La libertad, la igualdad, la fraternidad, de los revolucionarios franceses eran palabras del catolicismo. La unión obligatoria de los socialistas era una idea proclamada por Roma. La unión universal perseguida por el catolicismo era heredada y continuada por los socialistas y comunistas. Dostoievsky estaba dispuesto a aliarse al protestantismo para combatir al catolicismo y al socialismo. Dostoievsky hacía hablar a sus héroes, les dejaba exponer sus ideas socialistas y comunistas. La cultura era un ideal aristocrático; la familia engendraba el deseo de la propiedad. Había que combatir la cultura, la familia y la propiedad. Para ello había que ofrecer las calumnias, las delaciones, la orgía, el libertinaje. Es lo que hacen ciertas congregaciones actuales que, por fortuna, están decayendo. Mujeres que se muestran desnudas, alcohol, drogas, abandono total de la personalidad, aniquilamiento de la voluntad. Todo está permitido; hay que hacer, precisamente, lo que está prohibido. La libertad no debe elegir entre el bien

y el mal, debe hacer lo que más le agrade, sin tener en cuenta la responsabilidad ni la conciencia. La igualdad, la fraternidad, la libertad o libertinaje llevados al máximo. Y, cada tanto, revoluciones en que los hombres se devoran los unos a los otros. Todos los esclavos son iguales en la esclavitud. Una minoría tiránica gobernará. Y todos se sentirán unidos por la falta común del honor. Así se llegará al crimen, a la sangre que llama la sangre. Nadie tendrá ideas propias. Todos tendrán la misma opinión, el mismo pensamiento. No deberá haber autonomía. La revolución es obediencia. Todo es pasivo, sumiso, rendido. La comunidad, el colectivismo impersonal y antihumano.

El anticatolicismo de Dostoievsky respondía a la comprobación de que la Iglesia católica era un Estado. No debía serlo. Era el Estado el que debía convertirse en Iglesia. Dostoievsky ansiaba un populismo religioso. Un sentimiento que hiciese del pueblo ruso un pueblo universal, unido a todos los pueblos del mundo. He aquí, inconscientemente, otro elemento idealístico del comunismo. No obstante, los rusos han pensado en un Dios para los rusos, como todos los pueblos de la tierra piensan en un Dios propio. El pueblo ruso, con la revolución comunista, se hizo ateo, según unos, y, según otros, busca a Dios en la lejanía de las estepas. Este problema trató de resolverlo Dostoievsky en el Gran Inquisidor. Cristo está en silencio frente al Gran Inquisidor. Su silencio es más elocuente que las acusaciones, que la dialéctica, del Inquisidor. Éste no cree en Dios, no cree en el hombre, no cree en la libertad. Rechaza la idea de un Dios-hombre. Quiere quemarlo. Lo acusa de haber dado a los hombres la libertad, el peso terrible de elegir entre el bien y el mal. Esto no es amar a la humanidad. Hay que hacerla inconsciente y obediente. Los hombres no deben elegir, deben someterse. Cristo quiso que se le siguiese por libre voluntad. Fue pedir demasiado a los hombres que son viles y esclavos. La libertad como el pan hay que distribuirlos por igual, no dejar que cada cual gane la suya y el suyo. Es un principio socialista que el Gran Inquisidor dirige a Cristo. Los hombres son incapaces de ser libres, hay que dirigirlos, manejarlos. No hay que esperar que sólo los que son capaces de ser libres disfruten de la libertad. ¿Y los incapaces? No se les puede abandonar.

Para ellos es el socialismo, el comunismo. El cristianismo no ha distribuido la felicidad en la tierra. El socialismo, el comunismo, la prometen. El Gran Inquisidor habla como un perfecto socialista o comunista. La libertad es de los orgullosos, no de los humildes. No hay que rechazar las tentaciones, hay que convertirlas en realidad. El mal se disfraza de bien. El hombre espera convertirse en un superhombre. Todo cambiará. Nadie creará en Dios. Habrá una nueva vida. Es la esperanza del Gran Inquisidor y de los comunistas.

Dostoievsky se nos presenta como un escritor apocalíptico. Su cristianismo es ortodoxo, de un idealismo y de una pureza que van más allá de la historia. Su antropocentrismo no se esfuma en la profundidad espiritual de la mística alemana. El hombre perdura como hombre, como enseña el cristianismo. El Gran Inquisidor encierra un mundo teológico que es preciso analizar como una profecía realizada, como el primer descubrimiento de los lazos que unen el teocratismo católico con el comunismo ateo. Este teocratismo, de origen judío, penetró en la política religiosa romana y en las doctrinas comunistas. Es su origen común, judaico, y su lazo de unión. Como toda teocracia, tanto en el romanismo como en el comunismo ateo, es tiránica. La fue en el romanismo todo el tiempo que pudo, y lo es en el comunismo por todo el tiempo que podrá. Tiranía o despotismo del cielo, uno, y de la tierra, el otro. El enemigo común de ambos es la libertad del hombre, lo que horrorizaba al Gran Inquisidor, lo que horroriza al comunismo actual, y a los idiotas útiles, a los compañeros de ruta, de uno y de otro.

Dostoievsky habló como un teólogo, pero no era un teólogo. No lo son, tampoco, muchos de los actuales teólogos. El problema de la libertad cristiana no es el de San Agustín, sino el de Santo Tomás. La teocracia de los tiempos inquisitoriales negaba la libertad de conciencia. Sólo en América, por un Francisco de Vitoria, llegó a permitirla con los hombres que estaban en condiciones de poder elegir la religión nueva que se les ofrecía o permanecer en las tinieblas de sus religiones o idolatrías de sus antepasados. Dostoievsky fue apocalíptico porque veía venir, a grandes pasos, la revolución, la inquietud irremediable del pueblo

que no alcanzaba la libertad. Los zares la negaban; el pueblo la buscaba por cualquier camino, aun el de la libertad absoluta, que era la desesperación, el hundimiento en el crimen y en el libertinaje. Vivió sus problemas, y eso fue mucho. Combatía. Eran, por otra parte, los años de las tiranías americanas y de las luchas por la Constitución, por la democracia, por el parlamento.

Dostoievsky fue a lo hondo del hombre, a su porvenir político, al problema de su unidad y de su sociedad. La ausencia de libertad, por culpa de la política absolutista de los zares, creó la inquietud, la angustia, que él supo analizar y cuyos resultados, mágicamente, supo descubrir y prever con una precisión simplemente profética y maravillosa. Dostoievsky no es un escritor del pasado, un romántico, un psicólogo, un psicoanalista, etcétera; es un hombre de nuestro tiempo que nos muestra en una realidad bien conocida lo que él vio en sus comienzos y nos anunció en sus libros. Sus descripciones de tragedias no son realistas, son espirituales; no interesan los actos, estremecen las causas idealistas de esos actos. Las corrientes políticas que se esbozan en sus obras son corrientes ideológicas. Es elemental que toda política es una idea.

Dostoievsky es la antítesis del positivismo porque detrás de sus realidades y brutalidades no hay más que pensamientos, tragedias del espíritu. Creó un mundo porque nos mostró las ideas que lo animaban. Analizó el pensamiento existente en Rusia, entre el pueblo desesperado, como ningún otro escritor lo hizo tan teológicamente. Era la desesperación por la ausencia de libertad. Dostoievsky exploró las causas espirituales que se convertían en políticas y las halló donde nadie creía que se encontraban. Dostoievsky es un autor que los estudiosos de la historia política, en especial de las ideas políticas, deben seguir lentamente, profundamente, si quieren comprender secretos del alma cristiana, católica y sociocomunista. Su metafísica es la más acertada que tuvo Rusia y que se expuso en el mundo moderno, en lo que se refiere a la esencia perversa, anti-humana, del comunismo. Lo han seguido los autores rusos más destacados en el análisis de la revolución rusa y de sus consecuencias. Ahonda sus raíces en el cristianismo. Tal vez no comprende a fondo el catolicismo o lo vea, acerta-

damente, con el criterio que se tenía en torno al 1870, cuando se debatía, y con justa causa, la cuestión romana del Papa-Rey. No olvidemos que Dostoievsky escribió en aquellos años en que la católica Italia se levantó contra el Papa para lograr una unidad que el papado —digan lo que dijeren los autores contrarios a esta afirmación— impidió desde los tiempos anteriores a Dante. Este poeta, Petrarca y tantos otros italianos tuvieron para Roma palabras mucho más duras que las de Dostoievsky. Roma, indudablemente, quería extender sobre el mundo el poder político, terrestre, de que la acusaba Dostoievsky. El Gran Inquisidor es un símbolo y también una realidad política. Roma ha cometido muchos errores de los cuales está arrepentida y trata de borrar o hacer olvidar. Dostoievsky los denunció. Un pobre autor ruso, desconocido en Occidente, perdido en su lejano país, que hablaba contra Roma no era de temer. No obstante, se hizo oír y las gentes comprendieron que tenía sus razones. Hoy, a más de ciento cincuenta años de su nacimiento, se nos aparece como un profeta. Es comentado, discutido, interpretado, de mil formas. Se ha dicho que no enseña a vivir. No tuvo ese propósito. Lo que enseñó fue a ver lo que existía y lo que iba a surgir de esa existencia, y esto es su profecía, su metafísica, su apocalipsis. Nos mostró al hombre en el drama de su conciencia, de su libertad, que lo obliga a elegir entre el bien y el mal o lo autoriza a no elegir, a entregarse ciegamente a su debilidad, a la perversidad, al abandono. Nos dio las bases espirituales del socialismo y del comunismo y de “herejías” que, en otros tiempos, la Iglesia habría barrido con su inquisición. Iluminó el mundo del espíritu penetrando en almas atormentadas por su eterna duda, por su inquietud, por lo que se llama falta de religiosidad o de fe, de conciencia, de principios de justicia, de lo que es el bien en oposición al mal. Su obra no es solamente rusa, es universal. Lo sórdido, lo tenebroso, lo angustioso, está en todas partes. El hombre es el mismo, lo que varían son sus culturas, sus principios políticos, religiosos, filosóficos, metafísicos, y éstos viven entremezclados, sin que lo que se llama nacionalidades o nacionalismos tengan mucho que ver con ellos. No son las llanuras de Rusia las que influyen sobre las conciencias, como se creía en tiempos en que se

atribuía a la geografía influencias sobre la cultura y la historia. No son las montañas de otras partes las que crean estados de ánimo especiales. Son las ideas, las convicciones, que no dependen de llanuras ni de montañas, las que hacen las personalidades. Los hombres son ideas, no son ríos, ni árboles, ni piedras; son creencias profundas, educación, ideal.

Dostoievsky era un cristiano, un ortodoxo. Creía que la vuelta a Cristo o la comprensión de Cristo salvarían a Rusia. No existía otro camino con un zar que negaba libertad y constitución a sus súbditos. Era el refugio en la conciencia cristiana, era dar a cada hombre la responsabilidad de su destino, arrancarlo de la corriente del todo permitido que conquistaba con su inmensa facilidad a los desesperados, sin otra salida para sus ilusiones que el nihilismo o el comunismo. No había más rutas para el hombre que Cristo, el zarismo o el nihilismo. Cristo ayudaba a vivir en el zarismo. La lucha fue entre zaristas y nihilistas. Cristo quedó olvidado porque, como siempre, sólo ofrecía resignación, mundo interior y mundo ultraterreno. Las gentes quisieron la felicidad de esta tierra y no la de otro mundo y se volcaron al comunismo. Si el zarismo hubiera dado libertad, el comunismo no habría avanzado. Se obstinó en negarla y Cristo no lo salvó; triunfó el comunismo. Era lo que sabía Dostoievsky, lo que veía y anunciaba. No se equivocó. La historia le dio la razón. El zarismo se hundió y el pueblo ruso empezó una inmensa tragedia y aun vive en ella.

El triunfo del mal, del comunismo, significó un golpe rudo al cristianismo. Cuando era poderoso tenía opositores. Ahora que es débil no preocupa, no tiene opositores, tiene indiferentes, gentes que olvidan su existencia, lo cual es peor. La indiferencia es lo que más entristece o humilla. El catolicismo, en muchas partes, se ha convertido en clericalismo. El espíritu se transformó en retórica. Los Papas comprenden esta realidad. Los buenos católicos esperan una resurrección. No saben qué hacer y despojan a las iglesias de sus antigüedades, de sus obras de arte, de sus exvotos, de las donaciones que le hicieron fieles agradecidos, para acercarse al protestantismo y no impresionar a los pobres que quisieran repartirse esos viejos tesoros. Los

reformadores de hoy rinden homenaje, no a los pobres, sino a los explotadores, a los revolucionarios que en el caos, en el pillaje, piensan encontrar su diversión o sus robos. Dostoievsky veía también todo esto. No buscaba una nueva religión, sino mantener pura la vieja tradición. Quería un renacimiento. El gran problema se hizo más patente en Rusia que en las naciones de Occidente, más industrializadas, más materializadas, más positivizadas. Esta positivación produjo en Occidente un Nietzsche. En Rusia, la fe del pueblo ortodoxo no podía producir otra cosa que un Tolstoi o un Dostoievsky. La oposición Nietzsche-Dostoievsky es el símbolo de la Alemania que llegará al nazismo y la Rusia que se precipitará al nihilismo comunizado. Los dos metafísicos, los dos psicólogos, comprendieron las esencias espirituales de sus pueblos, las ideas dominantes en cada uno de ellos, y las expresaron en sus Evangelios. Por ello han sido llamados los Profetas.

IV

Demetrio Merejkovsky ha comparado a Tolstoi y a Dostoievsky. Hubiera podido comparar a Dostoievsky con cualquier otro gran escritor ruso. Todos ellos pertenecen, indudablemente, a la serie de los talentos rusos que en las letras nos han hecho conocer el espíritu de su pueblo.

Los literatos rusos están todos inspirados por la contemplación de la miseria de su pueblo. Rusia fue siempre un pueblo de muchos millones de habitantes que tuvieron y tienen que luchar contra el frío, contra el hielo que cubre sus tierras durante meses y las hace pobres e inexistentes. Este drama, que ningún sistema político hará variar, es la esencia de la historia rusa y de su reflejo, la literatura.

La literatura de Dostoievsky —como toda literatura— es un documento histórico. Un documento de psicología histórica o de sociología histórica, como quiera definirse. Ya hemos dicho que Dostoievsky es universal. Cuando un traductor, como Cansinos Asens, lo convierte en un lenguaje madrileño, creemos hallarnos en los bajos fondos de Madrid. Ojalá tuviéramos testimonios novelísticos semejantes de cualquier época remota: del tiempo de los grie-

gos o de los romanos o de la Edad Media. Comprenderíamos, a la perfección, estados de ánimo e individualidades que los textos históricos, crónicas de reyes o de batallas, jamás nos permitirán comprender.

La idea del amor al prójimo no es sólo cristiana, es humana. Como tal se encuentra en los cristianos y en los comunistas. Se transforma en ellos en un ideal y en una obsesión. Y lo curioso es que se halla igualmente en los ricos, en los llamados capitalistas, que invierten sus fortunas en crear instituciones benéficas y piensan, constantemente, en sus semejantes necesitados. Lo pernicioso de esta idea, tan humana y tan justa, es que, en cerebros exaltados, se convierte en un propósito destructivo, de odio, de aniquilamiento del trabajo y de sus frutos. El nihilista, como los comunistas actuales de los países capitalistas, cae en aberraciones que en vez de llevar al bien llevan al crimen, al secuestro, a las bombas y a represiones violentas. El ideal de hacer el bien se transforma, en estos seres inmaduros, en violencia. Ocurría en tiempos de Dostoievsky. Ocurre en nuestros momentos. Es un signo de que la historia no se repite, se continúa.

Tolstoi y Dostoievsky nunca se vieron ni hablaron. Los grandes genios por lo común se rechazan. No obstante, esos genios se comprendieron y admiraron. Tolstoi narró su vida en sus escritos. Se ha dicho que toda su obra es un inmenso diario. Dostoievsky refirió vidas de otros. No recordaba su pasado. No le importaba que sus intimidades, buenas o malas, fueran conocidas por el público. Tolstoi fue un hombre rico que se empeñó en ser pobre. Dostoievsky buscó toda su vida la riqueza y apenas conoció un ligero bienestar poco antes de morir. Tolstoi era en esencia un socialista. Dostoievsky detestaba el socialismo. Entre 1865 y 1869 Dostoievsky vivió una miseria espantosa. Hasta añoraba los trabajos forzados. Huyó para no caer preso por deudas. Así pasó otros cuatro años fuera de Rusia hundiéndose en el juego para tentar una fortuna imposible. No obstante, en este tiempo dio vida a *Crimen y castigo* (1866) y *El idiota* (1868), y preparó las siguientes. Se convertía en un héroe de la literatura. Realizaba otros trabajos forzados en las letras. Así penetraba en los secretos de la perversidad humana sin ser, por ningún concepto, un hom-

bre perverso. Tolstoi pensaba que los grandes escritores rusos no intimaban con el pueblo ruso. Hablaba de intelectuales influidos por la cultura de Occidente. El pueblo no entendía ciertas modalidades ajenas a su sensibilidad y comprensión. Dostoievsky, en cambio, fue un escritor para los rusos y todos los pueblos.

Tolstoi hizo historia con *La guerra y la paz*. Fue una historia para los rusos, vencedores, y para los franceses, vencidos. Podría hallarse a esta novela un paralelo en los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós: otro novelista que hizo historia para los españoles. Tolstoi y Pérez Galdós escribieron para su tiempo: un tiempo apenas lejano de los acontecimientos que referían. Lo extraordinario de esos novelistas, que hoy nos parecen remotos, es que sus obras siguen leyéndose con un espíritu y un interés de actualidad.

Dostoievsky no hizo historia. Hizo psicología y sociología. En este sentido, si consideramos esta sociología como una fotografía histórica o la resurrección de una época, debemos juzgar a Dostoievsky como un novelista que nos ofrece materiales psicológicos y sociológicos con un alto valor histórico.

El historiador actual no debe creer, sin embargo, que esos cuadros son realmente visiones redivivas de la sociedad rusa. Son visiones rusas, pero vistas a través de los cristales de Dostoievsky o de Tolstoi. Cada autor vio y describió el mundo que lo rodeaba de acuerdo con su sensibilidad y sus ideas políticas y sociales. Debemos, por tanto, preguntarnos, críticamente, si el mundo ruso que vive en las obras de los escritores rusos es el mundo real de Rusia o el mundo que vieron esos pensadores rusos. Difícil es separar la realidad, que cada cual ve a su manera, de lo que es el cerebro de los que la evocaron.

Los escritores rusos sintieron y admiraron las obras de sus contemporáneos europeos, pero no comprendieron su espíritu, las raíces de sus culturas, el alma de Grecia y de Roma. Solo un Merejkovsky apresó el espíritu de Juliano el Apóstata y de Leonardo.

Tolstoi dibujó figuras humanas auténticas, pero nunca penetró en su fondo. Nos las mostró vestidas, vivas, en sus actos y en sus palabras; no en la intimidad de su yo

más recóndito. En cambio lo hizo Dostoievsky. En Tolstoi los personajes no parecen estar unidos a su alma. En Dostoievsky es su alma la que sale del cuerpo. Lleva a sus personajes desde las profundidades más abyectas hasta las cumbres más elevadas. Los egipcios concebían dioses que eran mitad dioses y mitad animales. Era la unión de lo divino y de lo bestial, no de lo humano. Lo humano estaba incluido en lo divino. Dostoievsky tiene también seres que son mitad hombres y mitad bestias. La bestia del Apocalipsis es el triunfo de los instintos criminales, animales, de la bestia que devora a la bestia sobre los instintos humanos en lo que ellos tienen de divino. Dostoievsky y Tolstoi han sido vistos como escritores opuestos. También se ha dicho que a menudo se encuentran. Es algo que ocurre entre muchos escritores. Son ellos los que se encuentran y también sus personajes. En Dostoievsky la psicología de sus personajes no se deduce de lo exterior hacia lo interior, sino de lo interior hacia lo exterior. Los jóvenes que querían hacer penitencia, en otros tiempos ingresaban en órdenes monásticas. Hoy se complacen en vivir en la miseria, en abandonarse a la caridad pública, en hacer trabajos femeninos: collares, adornos, dibujos. Las mujeres piden limosna o se prostituyen para mantener a un explotador que, a su vez, vive como ellas en la abyección, dormido por las drogas, convertido en un ente inútil. Tolstoi se flagelaba. Con ello nada ganaba ni hacía ganar nada a nadie, pero se complacía, creía hacer una buena obra. Ciertos jóvenes de hoy se flagelan de distintas maneras. Son seres que sienten el disgusto de sí mismos. Se tienen asco. Cuentan con grandes predecesores. San Francisco y otros santos se mostraban cada vez más repulsivos para hacer penitencia. Tolstoi y Dostoievsky coinciden en la felicidad que les dieron sus mujeres. Junto a ellas pudieron soñar todo lo que quisieron. Tolstoi soñó *La guerra y la paz* y *Ana Karenina*; Dostoievsky soñó *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamázov*.

Todas las historias de Dostoievsky son tragedias. Tragedias interiores que tienen sus lógicas exteriorizaciones. Se une, así, intrínsecamente, al teatro de Grecia. Estas tragedias dostoiévskianas se distinguen de las griegas en que responden a teorías. Los héroes de Dostoievsky son teó-

ricos, son hombres que hacen del crimen el resultado de una teoría o de una doctrina, de una idea política, de un ideal, en el fondo, humanitario. Es un humanitarismo que se transforma en diabolismo o responde a ideas diabólicas, es decir, perversas. Estas ideas perversas, disfrazadas de humanitarias, son tan antiguas como la humanidad. Son las que llevaron a Caín a matar a Abel. Son las que originaron las grandes tragedias universales, aun las que pasan por ser gloriosamente patrióticas. En el fondo de todo levantamiento hay un resentimiento, un odio concentrado, que lleva a la rebelión disfrazada de patriotismo, de idealismo o de humanitarismo.

Son muchas las ideas políticas que no tienen otro fundamento que la barbarie, la envidia, el odio, nacidas, todas, de la inferioridad de quienes las profesan y las defienden porque es su única manera de alcanzar algún triunfo. Los que no pueden, por su ignorancia, por su orgullo, por su vileza, triunfar con el bien, se vuelcan al mal, a lo que simboliza Satán. Hacen de su conciencia un trapo sucio, y de sus medios, que podrían utilizar para el bien, un despojo o un crimen.

El Diablo de Iván Karamazov no le dice nada nuevo. Todo lo inmundo que él había sabido, pensado y arrojado como cosa vieja, se lo repite. Así ocurre en nuestro tiempo, y en todos los tiempos: las viejas inmundicias espirituales, desechadas mil veces por los hombres, por inservibles y por asquerosas, vuelven, y los jóvenes las aceptan, las admiran, porque su ignorancia no les permite hacer otra cosa. Y estos jóvenes son los que pretenden sostener diálogos: el diálogo del que está de vuelta con el que apenas llega.

Una cosa es el Dios-hombre y otra el Hombre dios. El cristiano puede adherir a este último, pues ve en el Salvador al hombre realmente Dios. El nihilista, el superhombre nietzscheano, se ve a sí mismo hecho un Dios-hombre que todo lo puede.

El camino para llegar al Dios-hombre ha sido largo. Se necesitó la admiración del cuerpo físico del hombre de los griegos y de los romanos, la aparición del cristianismo que dio al hombre un alma inmortal, el Renacimiento que reverenció al cuerpo y al alma y cubrió al hombre desnudo de Grecia y de Roma con los trajes más suntuosos que ja-

más se hayan visto; las teorías que hacen descender al hombre del mono, y el desprecio a la vida, al bien y al mal, de Nietzsche, que lo llevó a despreciar todo principio humano y convertirse en fiera.

Todo esto es el superhombre a través del tiempo. Ese superhombre se ve encadenado por la igualdad que une y nivela a todos los hombres y pone el poder individual de cada cual en manos de un superpoder del Estado que representa la máxima tiranía y la máxima esclavitud.

El Dios-hombre que todo lo puede es el fracasado, el despechado, que, incapaz de alcanzar el bien, la riqueza, el poder, por medios justos, se vale de los injustos, del mal, para lograr lo que su inepticia, impotencia, bajeza, no le permiten alcanzar.

V

Rehacemos la ruta y las ideas de Dostoievsky. Sus creaciones pertenecen al ciclo del romanticismo. Un romanticismo fuera de su época y de sus países clásicos, pero un romanticismo tan profundo como el más típico. Tiene el sentido trágico de la fatalidad y el amor a su patria. Este amor a su nación y a los ideales de su nacionalismo no es el de liberación de otros países, sino el de defensa frente a los ataques disolventes de los nihilistas, socialistas y comunistas. Tal vez falte en su enorme obra la pasión amorosa exaltada, tipo Werther, Jacobo Ortis y Larra; pero hay amores que si no son trágicos son dramáticos: amores con raíces en sentimientos que implican estudios psicológicos complejos.

Dostoievsky es un penalista. Sus conocimientos jurídicos son más hondos y amplios de lo que se ha supuesto. Sus críticos no han hecho resaltar este aspecto de su obra: el del jurista especializado en derecho penal. Y es, al mismo tiempo, un psicólogo profundo, que va a las honduras oscuras de los sentimientos más inextricables.

Dostoievsky ha retratado la vida. Sus personajes son gentes humildes. A veces, lloran, muy pocos ríen o hacen reír, casi siempre de lástima. No es el escritor de los aldeanos, sino de los burgueses. Él mismo fue un burgués cuan-

do no presidiario. Burgués jugador, burgués escritor y burgués político, que se aterra de las novedades estrafalarias de los políticos desquiciadores. Sus personajes son realistas y también soñadores. Todos los caracteres desfilan por sus obras. En este sentido creador no ha sido superado por ningún escritor. Puede decirse que es uno de los grandes creadores de la humanidad. Sus vidas interiores son tan interesantes como las exteriores. Los actos de cada uno de sus personajes son reflejos de sus actos internos, de sus pensamientos, instintos, sentidos, inquietudes, ilusiones.

La prisión en Siberia dejó en Dostoievsky huellas que nunca se borraron. En 1846, cuando estuvo en libertad, escribió las *Memorias de la Casa Muerta*. Es la vida y la historia de su prisión y de los presidiarios que vivían a su lado. Páginas calmas, sin lirismo ni tragedia, reflejos humanos, reales, auténticos, de lo que fue aquella tortura interminable. No hay rencor. Hay exposición de la verdad. Es el castigo de los criminales, de los ladrones, de los conspiradores que atentan contra el Estado, es decir, contra todos los seres que viven en la nación. Castigos corporales. Cientos de verjazos en la espalda que llevaban al hospital y a veces al cementerio. Humillaciones indecibles. Tristeza constante. Temor permanente. Delirio por las noches. La sombra del terror y de la muerte. Trabajos forzados. Frío intenso. Expiación. Odios de los presos entre sí. Esperanzas muertas.

En 1862 hizo su primer viaje fuera de Rusia. Anduvo por Alemania, Inglaterra, Francia e Italia durante dos meses y medio. Luego escribió sus impresiones en la revista *El tiempo*. Berlín le desagradó. París lo deslumbró. En el mismo año de 1862 escribió *Una historia enojosa*. Fue uno de los resultados de su viaje al extranjero y también su primer ataque a los liberales rusos. El primer libro lo escribió a los veinticinco años y se tituló *Pobres gentes*. La inspiración demoníaca que anima a tantos de sus personajes aparece en la literatura dostoievskiana en 1864, en las *Memorias del subsuelo*. El subsuelo es lo subconsciente, lo que Freud llamó, mucho después, lo reprimido, lo que puja por salir a la superficie, dominar a la razón. Se halla en un pobre hombre, en todos los seres, más o menos oculto.

Dostoievsky presenta a su primer criminal en *Crimen y castigo* escrito en 1866. El protagonista es Rodion Romá-

novic Raskólnikov: un estudiante que mata a una vieja usurera y a su hermana porque se cree un superhombre, capaz de realizar un acto semejante. No es una inspiración de Nietzsche. Es un caso independiente. Algunos comentaristas piensan que la concibió en los días posteriores a su viudez y en momentos en que el juego lo hundía en la miseria. Un psicoanalista diría que la novela es un reflejo de sus instintos, de algo que él pensó ejecutar y no realizó, pero escribió. Esto sería caer en la imaginación o fantasía. Lo real es que se trata de una novela, de una obra de arte, escrita con un hondo sentido de la culpa y de la expiación. Es, en el fondo y en la verdad, una obra de las que se llaman de moral. Ataca a los jóvenes nihilistas o disolventes que entonces pululaban en Rusia, como hoy se les encuentra en todas partes. Dostoievsky se sumó a los novelistas que redimían a las mujeres perdidas. Sonia, una de estas mujeres, aparece buena y providencial. El mismo Raskólnikov es presentado por algunos intérpretes como un vengador social. Dostoievsky no lo concibe así, sino como un vulgar criminal que trata, de algún modo, de justificar su crimen. Era, como diría un crítico adocenado, una expresión de la época. Entonces, como ahora, había bandas de estafadores, falsarios y bandidos. Todas las épocas han tenido a sus criminales y estos son tan productos de sus épocas como las épocas son obra de ellos. No es la época la que hace a un hombre, sino el hombre el que hace a su época.

El jugador fue escrito en 1866, mientras daba fin a su *Crimen y castigo*, por una violenta necesidad económica. *El idiota* apareció en 1869. Es la historia de un hombre piadoso, bueno en extremo. No es *Crimen y castigo* la mejor de sus creaciones. En *El idiota* encontramos contrapuestos lo sentimientos más duros de la perversidad inconsciente y de la bondad reflexiva, mística. Dostoievsky expone el daño que causan a la juventud las noticias de robos y crímenes, tan explotadas por el periodismo. Estas noticias llevan a decir a mucha gente que los ladrones son hábiles y que los criminales han hecho bien en cometer sus crímenes. Hace más de un siglo había una subversión de ideas como en nuestro tiempo. En *El idiota* empieza a mostrarse la antipatía de Dostoievsky por los judíos. Y también por el catolicismo romano. El príncipe idiota lo cree peor que el

propio ateísmo. No se refería a los ministros de la Iglesia en particular, sino al catolicismo romano en su esencia, a Roma. Y dice algo que hoy nos hace pensar: “El socialismo es fruto del catolicismo y de esencia católica”. Los socialistas no lo sospechaban; pero los católicos lo sabían y se habrían hecho socialistas si el socialismo no hubiese atacado el catolicismo. Dostoievsky muestra con desdén el caso de un nihilista que se casó, sólo por su nihilismo, por armar escándalo, con una mujer perdida.

En 1870 apareció *El eterno marido*. Se ha dicho que fue inspirado por el popular novelista francés Paul de Kock. No creemos que el caso de un marido engañado tenga tan solo a un inspirador. Dostoievsky presenta a un hombre engañado, de un espíritu tan bondadoso que conmueve. No es una obra para hacer reír, sino para despertar compasión.

Demonios o *Los poseídos* o *Los endemoniados* —la traducción correcta es la primera— son las ideas nihilistas, socialistas y comunistas que amenazaban destruir a Rusia. Aparece el arrivista político que trabaja en equipo, con otros aventureros, y busca el triunfo, no por el bien de la nación, sino de su banda o partido. Son los que engañan a las multitudes, los que prometen absurdos y los cumplen, los que arruinan a una nación para tener el aplauso de los ignorantes y de los perversos. Las prédicas de igualdad y fraternidad llevaron a la sangre de la revolución francesa y de la revolución rusa que tantos inconscientes aún elogian. Los que unen a Cristo y a Marx para sembrar el hambre, convencidos, a veces, que luchan por el bien de un pueblo o de la humanidad. Los Cristos rojos, esos teóricos revolucionarios que buscan la obediencia pasiva del pueblo a un dictador para esclavizarlo, embrutecerlo y utilizarlo en su provecho único, son los que quieren el paraíso en la tierra a costa de quienes han trabajado y ahorrado, sufrido, estudiado y hecho el bien. Son los que pretenden hacer de una nación o de la humanidad un inmenso hormiguero. Circe transformó a unos hombres en cerdos. Una parodia italiana del Renacimiento refería que todos, salvo uno, prefirieron seguir siendo cerdos. Los magos del comunismo quieren ver a la humanidad convertida en abejas o en hormigas. Para ello —tanto en tiempos de Dostoievsky como en el nuestro— estos magos

acuden a la violencia y al terror, al crimen, al asalto a los bancos y a los secuestros. Dostoievsky fue el más grande enemigo del nihilismo, del socialismo y del comunismo que empezaban a infiltrarse en Rusia.

Para combatirlos los mostró tal cual eran en *Los demonios*. La causa de Cristo era, para ellos, la de los delinquentes. Los fines justificaban los medios. Dostoievsky veía en esos movimientos el espíritu del jesuitismo. En su época, esos nihilistas y comunistas combatían a Dios y a Roma. En el siglo xx se alían a Dios y a Roma —que por cierto no los reconoce— para alcanzar más fácilmente sus fines. La máscara es la paz, la regeneración de la humanidad, la justicia social, el cambio de estructuras. La realidad es el dominio, el robo, el crimen. Dostoievsky estudió la psicología del revolucionario ruso. Es la psicología de los revolucionarios internacionales de hoy, en especial de la América hispana. *Los Demonios* es una obra profética. Y también política. Dostoievsky había sido conspirador y había conocido a conspiradores en sus viajes fuera de Rusia. Entonces como ahora, los estudiantes siempre aplazados se consagraban a la agitación social. Petulantes e ignorantes, fanatizados por otros ignorantes y perversos que los utilizan para sus tristes fines, obran con la pasión y el fanatismo, el odio y la obcecación de los poseídos o demonios. Dostoievsky fue testigo de los crímenes de estos políticos o fanáticos y los llevó a su novela. Su obra es novela y es historia, es espejo auténtico de realidades sociales y de pensamientos políticos que enturbiaban la apacibilidad del pueblo ruso y hoy envenenan a todo el mundo. Aquellos *Demonios* que retrató Dostoievsky atacaban la fe de los rusos en su Dios y en su nacionalidad.

Crimen y castigo, *Los Demonios* y *Los hermanos Karamázov* siguen una misma línea político social en que los superhombres, los demonios, se encuentran con la propia conciencia y con el gran problema de una religiosidad falseada y convertida en terrestre en vez de divina. *Los Demonios* fue escrita entre 1870 y 1872. En 1870 todos saben que el Papa proclamó la infalibilidad pontificia como un dogma. Fue una respuesta a la toma de Roma y a la Unidad de Italia.

En Alemania se desarrolló la *Kulturkampf*, o sea, la

lucha por la cultura, que atacó duramente al catolicismo. Invadió a Europa y a América una ola de anticatolicismo y anticlericalismo. Dostoievsky no lo ignoraba. Más aún: en su novela hace decir a un personaje el vaticinio cumplido de que el Papa se convertiría en un simple metropolitano. Su problema milenarista, en una sociedad de industrias y ferrocarriles, "era cosa de nada". Al mismo tiempo anunciaba, con horror, que "vendrán los campesinos con sus hachas. Algo terrible ocurrirá". Mucho antes de un siglo, en 1917, ocurrió.

Dostoievsky tuvo ideas muy poco gratas de América. Svidrigailov se va a suicidar frente a un centinela. Este le dice que ese no es el lugar apropiado. "Y bien, hermano, me da lo mismo. El lugar es bueno; si te interrogan responderás que he partido para América". Suicidarse e ir a América era lo mismo. En *Los Demonios* alude a los emigrantes rusos que partían hacia los Estados Unidos. Se compadecía de ellos y los llamaba pobres. Un personaje refiere que un norteamericano dejó su enorme caudal a las fábricas y a las ciencias positivas, su esqueleto a los estudiantes de la Facultad local y su piel para un tambor en el cual debía tocarse el himno norteamericano. El ruso decía: "¡Ay! Nosotros somos unos pigmeos en comparación con el vuelo del pensamiento en los Estados Unidos de Norte América". Ironía. En Rusia no se habría permitido tocar el himno con la piel de nadie. América era el país al cual sólo se podía huir en caso de fuga.

En América, entonces, no se pensaba en los problemas que oprimían a los personajes de Dostoievsky. Uno de ellos contaba que, en Estados Unidos, los rusos eran, frente a los norteamericanos, "como unos niños pequeños". Para estar al nivel de los norteamericanos era preciso haber nacido en Norte América o haber vivido largos años en ese país. Los engañaban y ellos elogiaban todo: "el espiritismo, la ley de Lynch, los revólveres, los vagabundos".

Uno de *Los demonios* expone la teoría de que el hombre que venza el dolor y el miedo será Dios y podrá suicidarse sin temor. La muerte daría origen a un hombre realmente nuevo. Un señor le contaba a otro que los obreros tenían noticia de la Internacional. Esto movía a risa. ¿Qué

podía significar? Pero Dostoievsky sabía muy bien lo que significaba y podía significar en el futuro. Le constaba que los socialistas y comunistas habían diseminado agentes por Rusia. Roma tenía, a su juicio, mucho la culpa. Había cedido a la tercera tentación. "Después de haberle enseñado a todo el mundo que Cristo, sin imperio terrestre, no podía subsistir en la Tierra, el catolicismo, por ese mismo hecho, exaltaba al Anticristo y había perdido todo el mundo occidental". Si Francia sufría "era únicamente por culpa del catolicismo, porque había rechazado al infecto Dios de Roma y no buscaba otro nuevo".

Dostoievsky no creía en el orden establecido por los hombres. Uno de sus personajes expresaba que ningún pueblo, hasta ese momento, se había organizado con arreglo a los principios de la ciencia y de la razón, "ni una vez ha habido un modelo de eso, a no ser, a lo sumo, por pura estupidez". En consecuencia, "el socialismo, por virtud de su misma esencia, tiene que ser ateísmo, ya que concretamente declara, desde las primeras líneas, que es una institución atea y que tiende a estructurar con arreglo a los principios de la ciencia y la razón exclusivamente".

En aquel entonces, los estudiantes rusos se preocupaban en viajar por distintas ciudades para denunciar los sufrimientos de otros pobres estudiantes e inducirlos a la protesta. De la libertad ilimitada se llegaba al despotismo ilimitado. Una décima parte de la humanidad tendría libertad para tiranizar a las otras nueve partes. Un personaje pensaba suprimir esas nueve partes y hacer con la décima un grupo de gente que empezase a vivir de un modo científico. Hojitas impresas en el extranjero invitaban a los rusos a la destrucción universal. Otros estudiosos de las ciencias sociales caían en la candidez de decidir "cancillerescamente de antemano el destino de los hombres con mil años de anticipación en el papel", sin pensar que el despotismo se podía tragar todo lo que se pensase.

Un teórico dio a leer sus ideas a un amigo. Este le dijo: "Tiene cosas buenas su manuscrito... figura en él el espionaje. Según él, todo miembro de la sociedad ha de observar a los otros, viniendo obligado a la delación. Cada uno les pertenece a todos y todos a cada uno. Todos esclavos, y en la esclavitud, iguales. En los casos extremos, la ca-

lumnia y el asesinato, y, sobre todo, la igualdad. Ante todo, rebajar el nivel de la cultura, de la ciencia y de los talentos. El alto nivel de la ciencia y de los talentos sólo se obtiene merced a altas inteligencias superiores, y no queremos altas inteligencias superiores. Las inteligencias superiores siempre se apoderaron del Poder y se convirtieron en déspotas. Las inteligencias superiores no pueden menos de ser despóticas, y siempre producen más daño que beneficio; hay que expulsarlas o imponerles el suplicio. A Cicerón se le corta la lengua; a Copérnico se le sacan los ojos; a Shakespeare se le lapida: ... Los esclavos tienen que ser esclavos; sin el despotismo, no ha habido aún libertad ni igualdad; pero en el rebaño debe haber igualdad”

Dostoievsky reproducía los principios que sostenían los Demonios, o sea, los comunistas. “Es indispensable sólo lo indispensable: he aquí la divisa del globo terráqueo en lo sucesivo”. “Obediencia completa, impersonalidad absoluta”. Cada tanto, una guerra, para no aburrirse, pero hasta cierto límite, pues el aburrimiento “es una sensación aristocrática”. El Papa debía salir descalzo y mostrarse a la plebe. Había que formar muchos proletarios y emborracharlos a todos. Había que proclamar la destrucción. Dios había inventado al hombre para no suicidarse. “En eso consiste toda la historia universal hasta hoy”. La sociedad destructora había cometido crímenes, escándalos y fechorías “para la sistemática destrucción de los cimientos, para la sistemática descomposición de la sociedad y de todos los principios; para amedrentarlos a todos y hacer unas gachas, y confundida así la sociedad, enferma y vacilante, cínica e incrédula, pero con cierta ilimitada idea directora de propia conservación... coger de pronto y enarbolar la bandera de la revolución...”

En 1876, Dostoievsky escribió *El adolescente*. Encierra un problema social. Trata la crisis de la familia. Ahora bien: como dice acertadamente Cansinos Asens, la crisis de la familia es la crisis de la nación. “A la inestabilidad de los afectos va unida la inestabilidad en las ideas”. ¿Qué puede mantener la estabilidad del afecto?, nos preguntamos nosotros. Una suave religión, comprensiva, tolerante, que genere amor y no odio, que no persiga, que

proteja, que no caiga en la crueldad en que cayó el catolicismo entendido por bestias y beguinas.

El triste ideal comunista fue muy bien comprendido por Dostoievsky. Un personaje dice: "La Humanidad está en vísperas de su transformación, que ya ha empezado. El enigma actual sólo lo niegan los ciegos. Deje usted a Rusia, si es que ha perdido la fe en ella, y labore usted para el futuro... para el futuro de un pueblo todavía desconocido, en el que ha de fundirse toda la humanidad, sin distinción de razas".

El *Diario de un Escritor* se desarrolló desde el 1861 hasta 1881. Es la reunión de los trabajos periodísticos de Dostoievsky publicados en distintas revistas. Los sucesos de su época confirmaban sus intuiciones. Eran los años de Marx. El fin del catolicismo, en 1870, parecía haber llegado. Dostoievsky era un profundo religioso. Todo lo envolvía en la religión o lo hacía depender de ella. Era su alma rusa, ortodoxa, que lo inspiraba. Gracias a Cansinos Asens —nuestro inolvidable amigo de Madrid— conocemos los artículos de Dostoievsky en español. Estaba convencido que Rusia tenía más secretos que China y Japón. Los europeos nunca habían entendido el carácter del pueblo ruso. Es posible que todavía no lo entiendan. Describe a los que no creían en la familia, a los que sabían que la revolución debía comenzar por el ateísmo de los socialistas que destruían la doctrina de Cristo. Dostoievsky consideraba la *Vida de Jesús*, de Renán, un libro plagado de errores, tenía desdén por las ideas de George Sand, de Lerroux, de Proudhon, de Feuerbach y de Strauss: los grandes ateos y negadores de Cristo en aquellos tiempos. Explicaba con claridad el socialismo: "Se reduce, por lo pronto, al ansia de las clases desheredadas por despojar a los poseedores, y después, que venga lo que viniese". Lo único decidido era "derribar el presente régimen... lo que constituye hasta ahora toda la fórmula política del socialismo". Insistía en su tesis: "Es realmente cierto que el socialismo, que por entonces empezaba a germinar, comparábanlo muchos de sus cabecillas con el cristianismo, del que venía a ser únicamente una mejora y perfeccionamiento correspondiente a las condiciones de los tiempos y de la civilización". Del sufragio universal decía: "...al que tanto cariño tienen

los franceses, aunque no sé por qué, pues no se podría señalar invento más estúpido, y cuidado que en Francia se han cometido estupideces en el presente siglo". Se preguntaba si Marx y Bakunin podrían hacer frente al ejército de veinte mil jesuitas de que disponía el Papa: "esos religiosos tan prácticos, con su *status in statu*; esos seres astutos e insolentes". Pensaba que en Francia estaban hartos de república. Por otra parte, temblaban ante la idea de otra monarquía. Fue un comentarista agudo de la política europea. Se burlaba del espiritismo: "un tema chistoso y que está de moda". Más ataques que a los judíos dirigía a la Iglesia romana, a la cual atribuía siempre el propósito de disponer del poder temporal para hacer subsistir el cristianismo. Veía al Papa como a un monarca que se creía rey de toda la tierra y superior a todos los reyes. No creía en su infalibilidad. Afirmaba que, para los católicos, la fe en Dios era la fe en el Papa. Se preguntaba por qué los rusos que se habían educado en Europa, en sus nueve décimas partes se habían adherido a los partidos de izquierda que negaban su propia civilización, su propia cultura. Estaba convencido que Rusia un día conquistaría Constantinopla. Atacaba a Disraeli que acusaba de comunistas a los rusos que combatían a los turcos para salvar a los eslavos. Disraeli, además, había levantado a los ingleses en contra de Rusia con el fantasma del comunismo. Sabía el odio que los alemanes tenían a los eslavos y a los católicos. Alemania esperaba un momento para lanzarse sobre Rusia: propósito que la llevó a la guerra en 1914 y en 1943. Dostoievsky acariciaba el ideal de ser rusos y, al mismo tiempo, ciudadanos del mundo. "La humanidad integral era la idea nacional rusa". Por ello todos debían empezar por ser rusos. Ello equivalía "a ser nosotros mismos". No obstante, leía con tristeza a quienes acusaban a los rusos, desde entonces, de ser los futuros destructores de la civilización europea. Por ello había que desarrollarse, inspirar respeto, para no ser tratados con desprecio y ser oídos con gusto. Así se les tendría por hombres y no por vagabundos internacionales. "Entonces nos convenceremos que ningún otro pueblo sino el nuestro es portador de la verdadera palabra social; que en su idea, en su espíritu, late la necesidad viva de la unión de todos los hombres, unión

que supone pleno aprecio para la personalidad de cada nación aislada..." Constantinopla rusa podía servir de pedestal a un nuevo Papa. Rusia era, a su juicio, necesaria "a todo el cristianismo oriental, así como también lo somos para la fusión de toda la futura Humanidad ortodoxa. Así lo han entendido siempre el pueblo y sus soberanos".

Hemos dicho que Dostoievsky tenía prejuicios contra los hebreos. Afirmaba que en Estados Unidos se habían echado encima de los emancipados negros y los dominaban de otro modo que los antiguos dueños de las plantaciones. Estaba convencido que si en Rusia, en vez de tres millones de hebreos y ochenta millones de rusos, hubiese habido ochenta millones de hebreos y tres millones de rusos, éstos estarían reducidos a la esclavitud. Rusia era indispensable a Europa. A menudo repetía que Roma había anunciado que sin un poder temporal, sin un dominio universal, terrestre, no espiritual, político, no podía alcanzarse el ideal de la unión universal en Cristo. Cuando el Papa perdió Roma proclamó, para consolarse, la infalibilidad pontificia. Dostoievsky repitió en sus artículos muchos de los conceptos expuestos por el Gran Inquisidor: "El Papa se acerca descalzo a todos los pobres y les dice que todo lo que los socialistas enseñan hace ya mucho tiempo que está escrito en la Biblia, sólo que hasta ahora no fue llegado el tiempo de saberlo; pero que ahora ya todo se acabó y él mismo, el Papa, está dispuesto a sacrificar a Cristo, y creen, no en él, sino en el humano hormiguero. El catolicismo romano —a la vista está— no necesita a Cristo, sino la soberanía universal".

Bismarck, el mayor enemigo del Papado, había comprendido este pensamiento. Dostoievsky combatía el propósito romano de intervenir en la política de los hombres y no mantenerse en el plano espiritual en que Cristo había colocado el cristianismo. Ciertamente es que el Papado y la Iglesia habían sostenido que la política celestial es también una política terrenal, pero esto no lo admitían hombres como Dostoievsky y todos los ortodoxos que dejaban al zar el dominio terrestre.

Dostoievsky insistía en su interpretación del socialismo como un catolicismo sin Dios. "El catolicismo romano, que vendió a Cristo por los bienes temporales, lo que fue

causa de que toda la Humanidad se apartase de él, y causa principal de la difusión del materialismo y el ateísmo en Europa... ese catolicismo ha engendrado también en Europa, naturalmente, el socialismo. Pues la misión del socialismo no es otra que decidir los destinos de la Humanidad, no por medio de Cristo, sino prescindiendo de Dios y de Cristo. Ha tenido que producirse en Europa de un modo naturalísimo como compensación al principio cristiano, allí frustrado. Pero la doctrina de Cristo, en Occidente falseada, se ha conservado en toda su pureza en el seno de la ortodoxia. Oriente dirá al mundo la nueva palabra que, oponiéndose al socialismo, redimirá de nuevo a la humanidad europea. Este es el destino de Oriente; ésta, la significación de la cuestión de Oriente para Rusia”.

Dostoievsky era un ruso integral. Quería, como los zares, Constantinopla para Rusia y en Constantinopla un nuevo Papa ortodoxo que difundiese su doctrina por el mundo. La ortodoxia rusa no se oponía al autoritarismo, despotismo, del zar. Dostoievsky fue un defensor del zar a pesar de haber sido encarcelado por él. No mencionó nunca directamente al zar; pero defendió sus ideas expansionistas y la religión ortodoxa que no se oponía a su empeño de no dar libertades ni Constitución. Por ello atacaba al catolicismo que defendía el tiranicidio y el regicidio y, en especial, a los jesuitas que tanto habían expandido esta doctrina.

Dostoievsky explicaba a sus lectores la política de Bismarck. Ya nos hemos referido a ella. “Antes que nadie, reconoció al terrible enemigo de Alemania, de su vanidad y renovado porvenir, en la Iglesia católica, y en ese monstruo engendrado por el catolicismo: el socialismo”. Bismarck quería dar muerte al catolicismo. La lucha del catolicismo tenía en Francia su mayor sostén. Por ello Bismarck soñaba aniquilar a Francia y, como consecuencia, al catolicismo. Si caía Francia, “catolicismo y socialismo entran en una fase nueva de su existencia”.

Y hacía este comentario: “El socialismo, como prolongación del catolicismo y como expresión de Francia, es lo que más odian los alemanes netos, y así, es muy perdonable que los hombres directivos de Alemania crean poder destruirlo, aniquilando políticamente a Francia, que

es su fuente y su base". Dostoievsky pensaba que el catolicismo sin Francia, que era su espada, se volvería por vez primera al pueblo que tanto había despreciado. "Antes tenía a los reyes y emperadores de este mundo; pero ahora no tiene a nadie más que al pueblo. Así que se volverá al lado de los más inquietos y dinámicos elementos: de los socialistas. Roma le dirá al pueblo que todo cuanto los socialistas anuncian a los hombres ya lo predicó Cristo. Una vez más falseará Roma a Cristo y se lo venderá al pueblo, lo mismo que antaño vendióse tantas veces a los soberanos del mundo, como, por ejemplo, al recabar el derecho a la Inquisición. No olvidemos que esa Inquisición atormentaba a los hombres por su libertad de pensamiento en nombre de Cristo... de Cristo que sólo quería discípulos espontáneos y no sobornados o cohibidos por el temor. Y el catolicismo vendió a Cristo al bendecir a los jesuitas y aprobar su máxima de que el fin justifica los medios. Toda la doctrina cristiana se había empleado exclusivamente en la adquisición de bienes terrenales y en el logro de la anhelada soberanía del mundo". Los hombres quisieron arreglar las cosas sin Dios y sin Cristo, es decir, imponer un orden dirigido por el hombre, pero como no tienen el instinto de las abejas, fracasan. Después de los soñadores vinieron los socialistas que dijeron, con palabras de Dostoievsky: "Empecemos por saquear a los ricos y anegar el mundo en sangre, y después todo se arreglará de nuevo por sí solo". Por último vino la doctrina anarquista. Si ésta llegara a realizarse sobrevendría un nuevo período de antropofagia, viéndose los hombres obligados a empezar de nuevo, como hace diez mil años. El catolicismo, según Dostoievsky, se atraía a los cabecillas de estas doctrinas. "Ni qué decir tiene que para el catolicismo sería muy ventajoso que hubiera destrucción, efusión de sangre, saqueo y hasta antropofagia". Cuando la Humanidad, atormentada, volviese a echarse a sus brazos se erigiría otra vez "en ilimitado y único soberano de este mundo, logrando así definitivamente su fin". Dostoievsky pensaba que en su lucha contra Francia, el catolicismo y el socialismo, Alemania necesitaba eternamente a Rusia. Alemania y Rusia estaban destinadas a cambiar la faz del mundo. Los alemanes admitían que Rusia ocupase Constanti-

nopla. Dejaban el Oriente a Rusia para dominar ellos el Occidente. La historia, que nada sabe de planes preestablecidos, demostró cuán frágiles fueron las visiones del futuro político europeo que tuvo Dostoievsky.

La escatología de Dostoievsky se fue agudizando hacia el final de su vida. Atribuía todos los males a los católicos, a los jesuitas, a los nihilistas y a los socialistas. Veía en Europa una inmensa incompreensión hacia Rusia. La Alemania que él hubiera querido tener aliada a Rusia le daba la espalda. No se explicaba tantos por qué. De los nihilistas decía: "El nihilismo ha aparecido aquí porque todos somos nihilistas. Lo que únicamente nos ha asustado es la forma nueva, original, de su aparición". Era Fiodor Pavlovich Karamásov quien hablaba. De los judíos, en tantos años por él olvidados, se expresó con extraña dureza. Los veía como demonios invencibles. "Todos los Bismarck, Beaconsfield, la República francesa y Gambetta, etcétera, no son, para mí, en cuanto poder, sino un reflejo. Y cuanto más tiempo pasa, más. Su amo, y los amos de todos y de toda Europa, son el judío y su Banca. Ya veremos cómo, de pronto, le ponen el veto a Bismarck y lo lanzan de su sitio cual si fuese una mota de polvo. El judío y su Banca lo señorean ahora todo; lo mismo Europa que la Ilustración, la civilización toda y el socialismo, sobre todo el socialismo, pues por medio de éste extirpará el cristianismo y destruirá la cultura cristiana. Y si, como entonces, no quedara ya nada en pie, sino la anarquía, se encontrará el judío a la cabeza de todo. Pues en tanto predica el socialismo, el judío se mantiene al margen con sus compañeros de raza, y cuando toda la riqueza de Europa se haya deshecho, quedará la Banca judía. Entonces vendrá el Anticristo y reinará la anarquía".

La inquina contra el catolicismo y el protestantismo se hizo cada vez más fuerte. "Catolicismo no es ya cristianismo, y degenera en idolatría; pero el protestantismo se aproxima a pasos de gigante al ateísmo y degenera en una moral débil, fluida y mudable". En algunos momentos, Dostoievsky parece repetir los ideales político-religiosos de Alejandro I. Atacaba a los intelectuales que afirmaban que el pueblo ruso es la personificación del ateísmo. "Su error más burdo —decía— consiste precisamente en

no querer reconocer en el pueblo ruso Iglesia alguna. No me refiero ahora al rebaño de Cristo, sino a nuestro socialismo ruso, cuya finalidad es convertirse en Iglesia de todos los pueblos, en cuanto es posible realizar esa Iglesia en la Tierra. Habla también de esa ansia insaciable de una grande, general, fraternal unión en nombre de Cristo, idea siempre latente en el corazón del pueblo ruso". Agregaba, como explicación: "No se cifra en el comunismo el socialismo del pueblo ruso, sino que su salvación de las almas pónela en la fusión de todos los pueblos en el nombre de Cristo. ¡Ese es nuestro socialismo ruso! Los europeos se ríen de esa idea religiosa de suprema unión que alienta en el pueblo ruso".

Dostoievsky habla de Rusia y de Europa, de los rusos y de los europeos. Considera a Rusia algo diferente a Europa. En cambio, la vincula constantemente con el Oriente. Asia era para Rusia una América que está por descubrir. No se refería al lejano Oriente —un Oriente chino, hindú o japonés—, sino a un Oriente próximo, con Bizancio, la ciudad de Constantino, que debía, a su entender, convertirse en capital de Rusia y ser la sede de un segundo y nuevo Papa, lógicamente ortodoxo.

La historia de Napoleón ha sido, en todos los tiempos, materia de disquisiciones, deducciones e imaginaciones. Dostoievsky caía un poco en ellas. Interpretaba a su manera la historia de Napoleón en Rusia. Recordaba que cuando lo habían echado en 1812 "no nos reconciamos luego con él, según aconsejaban y querían algunos rusos listos y de larga vista, sino que seguimos adelante, en filas compactas, para anunciarle a Europa que la habíamos librado del gran ladrón de tronos". Napoleón, según Dostoievsky, se habría unido sinceramente a Rusia para salvarse. "A condición de no estorbarle en Europa, nos habría cedido el Oriente y nuestra actual cuestión de Oriente —calamidad y amenazadora tormenta de nuestro presente y porvenir— hace mucho tiempo que estaría resuelta. El mismo usurpador lo dijo así después, y de fijo que no mintió, pues verdaderamente no habría podido hacer nada más acertado que haberse entendido con nosotros... con la condición de cedernos el Oriente a cambio del Occidente".

Dostoievsky acariciaba la posibilidad de esa alianza

de Napoleón y Alejandro. Ninguna nación, ni Inglaterra, habría podido impedir esos hechos. Aun contando con una caída de Napoleón, Rusia habría seguido dueña del Oriente, habría tenido el mar y con el mar habría podido hacerle frente a Inglaterra. Los pueblos que Rusia había liberado, no bien derrotado Napoleón, se unieron en contra de Rusia, llenos de odiosas suspicacias. Así, Alemania llegó a tener tanta fuerza como Rusia y a pretender el dominio de Occidente sin ceder nada a Rusia en el Oriente. Dostoievsky se preguntaba constantemente, sin hallar respuesta, por qué Europa odiaba tanto a Rusia. Tal vez fuese por la falta de libertad que había en Rusia y que él no advertía. Era un escritor político que no hablaba nunca de la libertad política.

VI

Los Hermanos Karamazov apareció en 1879. Es un problema de conciencia que penetra en la teología y no en el derecho penal. Obra inmensa, de reflexiones y disquisiciones en que se debate un mundo de ideas. Novela romántica por el ingrediente del crimen, y de todos los tiempos por la inquietud de la culpa que la justicia humana no castiga, pero atormenta eternamente.

Dostoievsky comenzó a pensar esta obra en una excursión al monasterio de Optina Pustin. Primero se publicó en folletín y más tarde, a fines de febrero de 1880, en libro. A los pocos meses, Dostoievsky murió.

Las ideas políticas de los soñadores eslavos, innumerables, envuelven al lector. Es posible que la piedad divina saque un día a los condenados del infierno y nadie más vuelva a él. El Estado debería convertirse en Iglesia. La Iglesia romana se hizo un Estado y actuó como Estado. Iván Karamazov aparece como autor de *El Gran Inquisidor*: la crítica más dura que se ha hecho al papado y a la Iglesia romana. El despotismo transformaría a todos los ciudadanos en militares o en sacerdotes. Los musulmanes inventaron las órdenes religiosas: afirmación inexacta, pues San Benito de Nursia reglamentó su Orden (año 529) antes que Mahoma naciera (año 570). "El socialismo cris-

tiano es más tremendo que el socialista ateo". En Rusia se confundían los fines del socialismo con los del cristianismo.

Sin fe en la inmortalidad del alma se acabarían el amor y la fuerza para prolongar la vida universal. "¡Ah, tú hueles a jesuita!" Un personaje pregunta si es Dios el que creó al hombre o el hombre el que creó a Dios. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. El hombre creó al Diablo a su imagen y semejanza. Vamos al *Gran Inquisidor*.

Iván Karamazov refiere que escribió un relato que se desarrolla en Sevilla, en el siglo XVI, en plena inquisición. Cristo se apareció en la forma humana. El pueblo lo seguía y rodeaba. Devolvió la vista a un ciego. "La gente llora y besa la tierra que Él pisa". Una madre le pide que resucite a su niña; pero en ese momento pasa el Gran Inquisidor. Es un cardenal de cerca de noventa años, "alto y tieso, de cara chupada, de ojos hundidos...". Ordena a la guardia que prenda a Cristo. La muchedumbre se prosterna ante el inquisidor que la bendice y se aleja. "El aire huele a laurel y azahar". En la noche, el Inquisidor penetra en la celda donde está encerrado Cristo. Deja el farol sobre la mesa y le pregunta: "¿Eres tú? ¿Tú?". Cristo calla. "No contestas: callas. Además, ¿qué podrías decir? De sobra sé lo que dirías. Y tampoco tienes derecho a añadir nada a lo que ya dijiste. ¿Por qué has venido a estorbarnos? Porque has venido a servirnos de estorbo, y harto lo sabes. Pero, ¿sabes lo que va a pasar mañana? Yo no sé quién eres Tú, ni quiero saberlo; eres Él o sólo una semblanza suya; pero mañana mismo te juzgo y te condeno a morir en la hoguera como el peor de los herejes; y ese mismo pueblo que hoy besaba tus pies, mañana, a una señal mía, se lanzará a atizar el fuego de tu hoguera, ¿sabes? Sí, puede que lo sepas —añadió con penetrante cavilosis y sin apartar un instante sus ojos de los del preso".

Dostoievsky hace decir a su personaje que los jesuitas hablan y escriben del mismo modo. Cristo no tendría derecho a revelarnos uno solo de los misterios del mundo de donde venía. Todo lo que anunciase iría contra la libertad de conciencia. La gente, convencida como nunca de que es libre, ha puesto a la libertad a los pies de la Iglesia. Cris-

to le confirió el derecho de atar y desatar y no podía quitarle ese derecho. Cristo había dado al hombre la libertad; no le había dado pan, no había querido hacer el milagro de convertir las piedras en pan para que creyesen en Él. No existía el crimen y, por consiguiente, el pecado. "Dales de comer y entonces podrás exigirles que sean buenos". Esto era lo que pedían los que se levantaban contra Cristo. Las gentes no pueden repartirse la libertad y el pan de la tierra: son cosas que juntas no se conciben. Dicen: "Mejor será que nos impongáis vuestro yugo, pero dadnos de comer". El pan del cielo, que había prometido Cristo a unas gentes débiles, viciosas e ingratas, no podía compararse con el pan de la tierra. Miles de hombres, sanos y fuertes, perseguían el pan del cielo; pero millones de hombres, no capacitados para dejar el pan de la tierra por el del cielo, seguían a la Iglesia. Decía el Gran Inquisidor: "No, a nosotros también nos son queridos los débiles. Son viciosos y rebeldes; pero, a lo último, también ellos se someterán. Nos admirarán y tendrán por dioses, por habernos avenido, estando a la cabeza de ellos, a soportar la libertad que ellos tenían y señorearlos... ¡Tan terrible habrá de ser para ellos, a lo último, eso de ser libres! Pero nosotros decimos que somos siervos tuyos y gobernamos en tu nombre. Volveremos a engañarlos, porque ya no te permitiremos que te nos acerques. En ese engaño se cifrará también nuestro dolor, porque nos veremos obligados a mentir. He aquí lo que significa esa primera cuestión del desierto, y he aquí lo que Tú rechazaste en nombre de la libertad a la que pusiste por encima de todo. Y, sin embargo, en esta cuestión se encerraba un magno secreto de este mundo. De haber optado por el pan, habrías respondido al general y sempiterno pensar humano, lo mismo como individuo aislado que como Humanidad completa..."

Los hombres se combatieron y exterminaron los unos a los otros por la adoración a sus dioses. Cada cual quiere imponer el suyo. El Gran Inquisidor dijo a Jesús: "Tú sabías, Tú no podías ignorar este fundamental misterio de la naturaleza humana; pero Tú rechazaste la única bandera absoluta que te propusieron para obligar a todos a prosternarse ante Ti sin discusión... la bandera del pan de la Tierra, y la rechazaste en nombre de la libertad y del

pan de los Cielos". Además, Jesús, siempre en nombre de la libertad, se apoderó de la conciencia de los hombres. El hombre deja el pan para correr detrás de aquel que halaga su conciencia. En vez de apoderarse de la libertad de los hombres, Jesús la encarceló más a sus ojos. "¿Es que te olvidaste —le dice el Gran Inquisidor— de que la tranquilidad y hasta la muerte son más estimables para el hombre que la libre elección con el conocimiento del bien y del mal? No hay nada más seductor para el hombre que la libertad de su conciencia; pero tampoco nada más doloroso".

Jesús se apoderó de todo cuanto no estaba al alcance de los hombres, "como si no amase a los hombres", y Él había venido a dar por ellos su vida. "En vez de incautarte de la libertad humana, Tú la aumentaste y cargaste con sus sufrimientos el imperio espiritual del hombre para siempre". Lo cargó con el peso tan terrible de la libertad de elección. Imposible sumir a los hombres en un estado de agitación y tormentos mayores al dejarles tantas preocupaciones y enigmas insolubles. "De esta suerte, Tú mismo pusiste los cimientos para la destrucción de tu propio imperio, y no culpes más a nadie de ello. Y, sin embargo, ¿qué era lo que te proponías? Existen tres fuerzas, sólo tres fuerzas en la Tierra, capaces siempre de dominar y cautivar la conciencia de esos débiles rebeldes, para su felicidad... y esas fuerzas son: milagro, misterio y autoridad. Tú rechazaste la una y la otra y la tercera, y diste ejemplo de ello".

El hombre necesita el milagro. Cuando lo rechaza, rechaza también a Dios, "porque el hombre busca no tanto a Dios como al milagro. Y, no siendo capaz el hombre de quedarse sin milagro, fue y se fraguó él mismo nuevos milagros y se inclinó ante los prodigios de un mago o los ensalmos de una bruja, no obstante ser cien veces rebelde, herético y ateo. Tú no bajaste de la cruz cuando te gritaron: "¡Baja de la cruz y creeremos que eres Tú!" El hombre es una criatura débil y baja. Al estimarlo tanto, Jesús se condujo como si dejase de compadecerlo, pues le exigía demasiado. Los hombres se rebelan. Es la rebeldía de los colegiales que se sublevan en la clase y echan al profesor. Pronto se convencen de lo inútil de su rebeldía. Los débiles

no son culpables de no tener las fuerzas de los selectos. “Pero, ¿es que Tú viniste francamente sólo para los selectos y por los selectos?” Si así fue, hay un secreto incomprensible. La Iglesia, entonces, enseñó que no era lo principal la libre resolución de los corazones ni su amor, sino el misterio, en virtud del cual habrían de ser culpables a ciegas. “Hemos justificado tu proeza y la hemos basado en el misterio, el secreto y la autoridad. Y las gentes alegráronse de verse nuevamente conducidas como un rebaño y de que les hubiesen quitado por fin de sobre el corazón un don tan tremendo que tantos tormentos les acarrearía”. Nosotros, le dice a Jesús el Gran Inquisidor, aceptamos Roma y la espada de César y nos declaramos emperadores de la Tierra. Esa empresa de dominar la Tierra había comenzado, mucho había de padecer todavía la tierra; “pero lograremos nuestro fin y seremos césares, y entonces pensaremos ya en la universal felicidad de los hombres.” Si Jesús hubiera aceptado la espada de César habría “realizado cuanto el hombre busca en la tierra, a saber: a quien adorar, a quien confiar su conciencia y el modo de unirse todos, finalmente, en un común y concorde hormiguero, porque el ansia de la unión universal es el tercero y último tormento en el hombre”. Jesús habría fundado la paz universal y dado la paz al mundo. “Porque, ¿quién ha de dominar a las gentes sino aquellos que dominan sus conciencias y tienen en sus manos el pan?”.

La Iglesia aceptó la espada de César y rechazó a Jesús. “Nosotros los convenceremos de que sólo serán libres cuando deleguen en nosotros su libertad y se nos sometan. ¿Y qué importa que digamos verdad o mintamos?”. La libertad, el libre espíritu y la ciencia confundirían a los hombres y los harían matar entre sí. Así terminarían por echarse en sus brazos y pedirles que los salvaran de ellos mismos. “Al recibir de nosotros el pan —siguió diciendo el Gran Inquisidor— habrán de ver harto claro que nosotros les damos el mismo pan que ellos con sus manos amasaron; verán que se lo repartimos, sin nada de milagro; verán que no convertimos las piedras en pan, pero, en realidad, más que el pan mismo, estimarán el recibirlo de nuestras manos. Porque tendrán sobrado presente que antes, sin nosotros, ese mismo pan ganado por ellos conver-

tíase en sus manos en piedras, mientras que cuando se volvieron con nosotros, las mismas piedras convirtiéronse en sus manos en pan. Sobrada, sobradamente, estimarán ellos lo que significa someterse para siempre. Y en tanto los hombres no lo comprendan habrán de ser desdichados. . .”

Las palabras terribles del Gran Inquisidor eran las que pensaban los comunistas incipientes de los años de Dostoievsky. El escritor ruso las ponía en boca del Gran Inquisidor porque, a su juicio, la Iglesia católica había falseado el pensamiento de Cristo y pretendía dominar el mundo esclavizando a las gentes.

Continúa el Gran Inquisidor y Jesús lo escucha en silencio:

“Se asombrarán de nosotros; nos tendrán miedo y se envanecerán de vernos tan poderosos y sabios, como para haber podido amansar un rebaño de miles de millones. . . Sí, nosotros les obligaremos a trabajar; pero en las horas de asueto, ordenaremos su vida como un juego de chicos, con infantiles canciones, coros e inocentes bailes. ¡Oh, los absolveremos de sus pecados; son débiles y sin bríos y nos amarán como niños por consentirles pecar! Les diremos que todo pecado será redimido, si lo cometieron con nuestra venia; les permitiremos pecar, porque los amamos; el castigo de tales pecados cargaremos con él. . . Y no tendrán secreto alguno para nosotros. Les consentiremos o les prohibiremos vivir con sus esposas y queridas, tener o no tener hijos (todo contando con su obediencia), y ellos se nos someterán con júbilo y alborozo. . . Y todos serán dichosos; todos esos millones de criaturas, excepto los cien mil que sobre ellos dominan. Porque sólo nosotros, los que guardaremos el secreto, sólo nosotros seremos infelices.”

Estos cien mil eran los que habían cargado con la maldición de la ciencia del bien y del mal. El Gran Inquisidor declara a Jesús que él también había sido del número de los elegidos, “pero recapacité y no quise servir a un absurdo. Me volvía atrás y me incorporé a la muchedumbre de aquellos que han corregido Tu obra. Me aparté de los orgullosos y me volví con los humildes para felicidad de estos mortales. . . Porque si alguno mereció nuestra hoguera, eres Tú. Mañana te quemo. Dixi”.

El discurso del Gran Inquisidor en labios de Iván Ka-

ramasov estremeció a Alioscha que lo escuchaba tembloroso. Se preguntaba si Iván se refería a Roma o a los jesuitas. No podía ser. Los jesuitas "no son otra cosa que el ejército de Roma para el futuro universal imperio terreno, con un emperador... el pontífice a la cabeza...; he aquí su ideal, pero sin nada de misterio ni exaltada tristeza... Algo así como un futuro derecho feudal, actuando ellos de señores... He ahí todo lo que anhelan. No creen en Dios, quizá. Tu sufriente inquisidor... es una fantasía". Iván le replica: "¿Por qué tus jesuitas e inquisidores se han unido a los solos fines de los asquerosos bienes terrenales?" El Gran Inquisidor se había convencido, al final de su vida, que para introducir un orden pasajero en los seres rebeldes era necesario "seguir las instrucciones del espíritu de la muerte y la destrucción, y a ese fin valerse de la mentira y el engaño y llevar a los hombres, ya de un modo consciente, a la muerte y a la destrucción y, además, llevarlos engañados por todo el camino para que no se enteren de adonde los llevan, con objeto de que, siquiera durante el trayecto, esos seres lamentables se consideren dichosos. ¡Y, fíjate bien, engañarlos en nombre de Aquel en cuyo ideal tan apasionadamente creyó el anciano toda su vida! Esta era la idea directriz de todo el negocio romano, con todos sus ejércitos y jesuitas".

Iván se refirió a los masones: "A mí me parece que hasta los masones reconocen por base algún secreto de esa índole, y eso porque los católicos odian tanto a los masones, que ven en ellos unos rivales que rompen la unidad de la idea, cuando tanta falta harían un solo rebaño y un solo pastor".

Iván contó a Alioscha el fin de su poema: Jesús besó al Inquisidor sin decir una palabra. Esta fue su respuesta. "El anciano se estremece. Algo se remueve en las comisuras de sus labios; dirígese a la puerta, ábrela y le dice: ¡Vete y no vengas más...! ¡No vuelvas por acá!... ¡Nunca, nunca!" Y lo deja alejarse en la obscura, cálida ciudad.

Este es el final del Gran Inquisidor: crítica profunda y terrible a la Iglesia romana, a los jesuitas, al catolicismo en general. Anuncio de un tiempo próximo en que fuerzas espantosas se unirán para dominar el mundo. Unos pocos que someterán y dirigirán a la humanidad entera. La

lucha eterna entre la libertad con todos sus sufrimientos, sus dudas, sus inquietudes y la fuerza tremenda de voluntad de elegir entre el bien y el mal, y la sumisión a cambio del pan, de la tranquilidad, de la despreocupación de la conciencia.

Dostoievsky, en otras páginas de *Los hermanos Karamazov*, hace afirmar a sus personajes que los hombres viven para envidiarse mutuamente, que se avergüenzan de la fe de sus padres, que los ricos se avergonzarán también de su riqueza ante el pobre, que sentarán al criado en el diván y le servirán el té... El juez puede ser más culpable que el criminal y que cuando no se puede hablar con los iracundos hay que servirles en silencio y con humildad. "El justo se va, pero su luz queda". El infierno es el "dolor por no poder ya amar". Hay seres para quienes el infierno es voluntario e insaciable. Son orgullosos. Reniegan el perdón de Dios que los llama. Habla de quienes han probado la existencia del Demonio, pero no la de Dios. El destino de Rusia corría ligero. Era una troika que no se sabía si iba a su ruina.

Dostoievsky es el escritor ruso que más hondamente penetró en las conciencias de los políticos de su tiempo. Socialistas, comunistas, nihilistas fueron retratados en sus ideas destructoras, funestas, que significarían, como significaron, la ruina de Rusia y el desequilibrio universal. Ningún otro escritor en el mundo fue tan profético como él. En su obra inmensa sobresale la leyenda del Gran Inquisidor como la interpretación cumbre de su pensamiento. Teológicamente puede ser discutido. Históricamente aún no sabemos si expresó una verdad. Reduzcamos a pocas líneas los largos discursos del Inquisidor. Prende a Cristo, lo lleva a la cárcel y le habla. No debía haber vuelto a la tierra, no debe agregar una palabra a lo que ya ha dicho. Cristo hizo a los hombres libres, pero los condenó a la tortura de la conciencia. Los llenó de tentaciones, de esperanzas, de remordimientos. La libertad sólo se consigue por el dolor. Si el hombre es libre, tiene torturas morales; si está sometido, tiene la felicidad. El Gran Inquisidor le dice a Cristo que el hombre prefiere el reposo, aun la muerte, antes que la libertad de elegir entre el bien y el mal. El pan terrestre es el socialismo, la sumisión, la falta de libertad.

El Gran Inquisidor quiere ocuparse de la felicidad de los hombres en la tierra, no en el cielo. El hombre quiere ser dominado, aterrorizado, quiere tener la necesidad de adorar. No quiere esperar, confiar en Dios. Cristo se dejó crucificar. No quiso ser adorado o temido por el milagro, y el hombre necesita milagros para creer. El Gran Inquisidor corrigió a Cristo. Primero quemar a Cristo que renunciar a los dogmas. El Gran Inquisidor quiere quemar a Cristo, pero, conmovido, lo deja en libertad y le dice: "Vete y no vuelvas nunca más". Así se perdió Cristo en la noche perfumada y callada.

El cristianismo de Dostoievsky es un cristianismo ortodoxo. Ve en el bien y en el mal un Cristo y un Anticristo. Los católicos empleamos otros términos o imaginamos otras concepciones. Dostoievsky creyó en los ideales panrusos. Soñó una Bizancio, ciudad sagrada, convertida en capital de todas las Rusias. Es un sueño que alimentaron los zares y aún no han olvidado los comunistas de hoy. Hay historiadores que ven la grandeza de la patria en el pasado y otros que la ven en el futuro. Dostoievsky perteneció a las dos categorías. Era, repetimos, ruso y universal. Era una calidad que admiraba en algunos de sus colegas, por ejemplo, en Puschkin. Lo elogiaba porque había sabido asimilarse al espíritu de cada nación. "Leamos su don Juan y si no supiéramos que es de Puschkin, de fijo que no adivinaríamos que no lo había escrito un español". Y, más adelante, agregaba: "Acertó a recoger en su alma el genio de todo pueblo exótico cual si le fuera familiar". Por ello las influencias occidentales que se han buscado en Dostoievsky son posibles y hasta exactas; pero estas influencias se advierten en todos los novelistas. No siempre se trata de verdaderas influencias, sino de coincidencias o simples maneras de estilo. Otras veces, indudablemente, las influencias son innegables, pero aunque haya semejanzas de estilo o de argumento, hay siempre diferencias profundas que marcan dramas ideológicos completamente separados. Lo único indiscutible es que Dostoievsky vale por el mundo que creó: el mundo más rico de las entrañas rusas y de la tragedia política que incendió a Rusia y amenaza incendiar la humanidad. Esa América que él tanto desdén o no comprendió es, por mons-

truosa y extraña ironía, la única fuerza que aún puede salvar al Hombre de su autodestrucción.

FUENTES. La bibliografía recopilada cuidadosamente por Cansinos Asens llegaba a ciento veinte títulos en 1965. Desde entonces son muchos los artículos y ensayos que han aparecido en diarios y revistas sin agregar nada transcendental a los conocimientos anteriores. La mejor fuente es, indiscutiblemente, la lectura de sus obras completas. Hay muchas ediciones en distintos idiomas. En español recomendamos la de nuestro amigo Cansinos Asens:

FIODOR M. DOSTOIEVSKY, *Obras completas*. Traducción directa del ruso, introducción, prólogo, notas y censo de personajes por RAFAEL CANSINOS ASENS, Aguilar, 1965. Tres tomos.

Otras obras de interés para discutir la personalidad de Dostoievsky son, por orden alfabético, las siguientes:

NICOLÁS BERDIAEFF, *L'esprit de Dostoievsky*. Traduit du russe para Lucienne Julien Cain, Editions Saint Michel, París, Liege, 1929. Tal vez la obra que ha comprendido más a fondo aspectos diversos de Dostoievsky.

ANDRÉ GIDE, *Dostoievsky*. Librairie Plon, París, 1923. Muchas de sus páginas son superficiales.

JACQUES MADAULE, *Le Christianisme de Dostoievsky*, París, 1939. *El cristianismo de Dostoievsky*, Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1952. Traducción de Juan Paredes. Útil en algunos puntos.

DEMETRIO TROYAT, *Dostoievsky*, Americ-Edit., París, 1940. Dos tomos. Estudio útil. Además hemos disfrutado las conversaciones, eruditas y penetrantes, del profesor WLADIMIRO POPOFF, Presidente del Instituto Argentino de Estudios Rusos San Vladimiro.